

españolas establecidas en los Países Bajos, contra lo que disponían los privilegios de éstos. El rey cedió á sus reclamaciones y hasta privó de su autoridad á Granvela (1563), pero sin cambiar en nada la severidad de sus edictos.

Compromiso de Breda (1564). — En vano se manifestó al monarca español que era imposible perseguir á los herejes, por ser éstos demasiado numerosos; Felipe II reiteró sus órdenes á los gobernadores, y hasta publicó en las provincias trabajadas por el protestantismo los decretos del concilio de Trento, que varios Estados católicos se habían abstenido de promulgar por de pronto. Entonces se sublevaron todo el Brabante, Amberes, Bruselas y Lovaina. Guillermo el Taciturno hizo firmar á los nobles el pacto ó *compromiso de Breda*, y éstos pidieron á la gobernadora, Margarita de Parma, satisfacción á sus quejas. La princesa llena de espanto consintió en todo, pero el pueblo no tuvo en cuenta ninguna de sus concesiones. Antes bien, inflamado por las proclamas calvinistas, se precipitó en las iglesias de Saint-Omer. Gante, Amberes y Tournai, destruyó los altares y las imágenes, y restableció por la fuerza el culto reformado. En Flandes y el Brabante fueron profanados de ese modo más de 400 iglesias, y esas escenas se reprodujeron en Leyde, Utrecht, Amsterdam y las restantes provincias del Norte.

Conducta del duque de Alba. — En general, los nobles condenaron esos excesos. Todos los católicos que se limitaban á solicitar respeto para sus franquicias y privilegios, se alarmaron por esos desórdenes, agrupándose alrededor de Margarita para vengarse. Valenciennes y Cambrai fueron arrancados á los rebeldes, Amberes se sometió, y los autores de las últimas turbulencias abandonaron el país, conducidos por Guillermo, para ir en busca de apoyo á otras regiones.

Sin embargo, á instancias de Margarita, Felipe II se disponía á tratar las provincias flamencas con menos rigor. Pero el duque de Alba, D. Fernando Álvarez de Toledo, manifestó en el consejo que la insurrección sólo estaba comprimida por el miedo y que

únicamente la fuerza podía vengar dignamente la majestad de la religión y del trono, ofendida por los rebeldes. Convencido por esas razones, Felipe lo nombró generalísimo, y lo envió con 20.000 hombres á contener á los brabanzones. El duque hizo su entrada en Bruselas, el 16 de agosto de 1567, en medio de un pueblo consternado, y Margarita partió para Italia, sentida por todos sus anteriores administrados, después de hacerle entrega del mando.

Tribunal de las turbulencias (1567). — El nuevo gobernador empezó por hacer arrestar á los condes de Horn y de Egmont, que encerró en Gante, haciéndolos ejecutar más tarde en la plaza pública. Después de eso, prendió al hijo del príncipe de Orange, que estudiaba en Lovaina, y lo mandó á España donde estuvo prisionero veintiocho años. Por último, instituyó un consejo compuesto de doce jueces extraños al país y que los españoles llamaron *Tribunal de las turbulencias*, al paso que los brabanzones le dieron el calificativo de *Tribunal de sangre*, nombre que justificó con sus horribles sentencias. Diez y ocho mil personas murieron por mano del verdugo, y treinta mil vieron sus bienes confiscados; dictóse también sentencia contra el príncipe de Orange, pero éste huyó, alzando bandera de rebelión.

Triunfos pasajeros del duque de Alba (1568). — El príncipe de Orange no podía menos de encontrar partidarios. Los antiguos autores del *compromiso de Breda*, que habían tomado irónicamente el nombre de *mendigos*, cobraron aliento ante la persecución. Unos se escondieron en bosques y pantanos para entregarse al bandolerismo; esos eran los *mendigos de los bosques*; otros ejercieron por mar el oficio de piratas, y recibieron el apodo de *mendigos marinos*. Cuando Guillermo salió de Alemania con 6.000 jinetes y 14.000 infantes, vió presentársele multitud de aquellos aventureros italianos ó flamencos, y se unió con Luis de Nassau, su hermano, que acababa de obtener una victoria cerca de Groninga. Pero desgraciado en todas sus tentativas, sufrió dos derrotas y tuvo que licenciar sus fuerzas (1568). El duque de Alba volvió entonces á Bruselas, donde hizo entrada

triumfal, mandando que le erigiesen en Amberes, con los cañones tomados al enemigo, una estatua que lo representaba teniendo á sus plantas dos figuras, emblemas del pueblo y de la nobleza.

Nuevas causas de descontento (1569-1572). — Ese orgulloso monumento era causa permanente de disgusto. En vano dictó amnistía general, pues no le perdonaron su arrogancia ni su inhumanidad. La exasperación llegó á su colmo cuando trató de establecer un impuesto de diez por ciento sobre las mercancías. Los miembros de los Estados le hicieron repetidas advertencias sobre el particular ; pero no quiso oírlos, pretendiendo que no tenía otro medio de sostener y pagar sus tropas. Ese fatal edicto fué publicado en 1571. Entonces se cerraron en Bruselas todos los almacenes, el mercado quedó desierto, y se organizó la insurrección.

Rebelión de Zelanda y de Holanda (1572-1573). — Ya se disponía el duque de Alba á castigar á los obstinados habitantes de Bruselas, cuando supo que los *mendigos marinos* se habían apoderado, en nombre del príncipe de Orange de la ciudad de Briel, en la isla de Wern (1572). Después de sus últimos reveses, el Taciturno se había refugiado en Francia, donde el almirante de Coligny, que era amigo íntimo suyo, le hizo observar que, no teniendo los españoles marina alguna en los Países Bajos, podían ser atacados ventajosamente por mar. Ese rayo de luz orientó de pronto la política de Guillermo, quien resolvió atraerse á los *mendigos marinos* y dirigir sus esfuerzos. Después de la toma de Briel, la insurrección se propagó rápidamente, y todas las ciudades de Zelanda abrieron sus puertas á los rebeldes, exceptuando la de Middelburgo. Holanda imitó ese ejemplo, y una asamblea de los Estados celebrada en Dordrecht declaró al príncipe de Orange *stathouder* ó gobernador de Holanda, de Zelanda, de Frisia et de Utrecht. En todas esas regiones fué establecido el calvinismo.

El duque de Alba deja el gobierno (1573). — Las circunstancias se hacían cada vez más difíciles. Los insurrectos, llenos de entusiasmo y animados por la esperanza de ser sostenidos por los reformados de

Alemania, de Inglaterra y Francia, se distinguieron por brillantes hazañas. Su audacia destruyó en las costas de Holanda una flota de 50 buques mandados por el duque de Medinaceli, sorprendiendo además veinte navíos cargados de pertrechos de guerra que el duque de Alba enviaba á Middelburgo. Los españoles vengaron esos reveses con el saco de las ciudades de Vaerden y de Harlem; pero Felipe II, que no aprobaba las crueldades, y sobre todo el orgullo con que el duque de Alba había hecho ostentación de sus primeras hazañas, le dió por sucesor á don Luis de Requesens.

Administración de Requesens (1574-1576). — Requesens no era el hombre que convenía para reparar el mal causado por la excesiva severidad del duque de Alba. Era sin duda, moderado, suave y humano, mas carecía de firmeza y no tenía autoridad bastante sobre sus soldados para mandarlos. Empezó por fracasar en su tentativa de socorrer á Middelburgo, que dejó caer en manos del príncipe de Orange. Su lugarteniente Sancho de Ávila rehizo un poco su fortuna con la victoria de Moker, en que murieron Luis y Enrique de Nassau (1574). Llegó hasta querer invadir la Holanda y la Zelanda (1575), pero no pudo ejecutar sus proyectos. Por cuatro veces se amotinaron sus tropas, reclamando lo que se les debía, sin que en ninguna de ellas pudiera contenerlas su ascendiente. Viendo que Felipe II no le mandaba los fondos que le eran necesarios, tomó horror á su puesto, y murió de pesar en el sitio de Zeric-Zée, en la isla de Schowen.

Pacificación de Gante (1576): — En ese momento se hallaba en su periodo álgido el desorden. Las tropas no pagadas abandonaron las provincias marítimas para dirigirse hacia el Brabante. Los estados reunidos en Bruselas, aterrizados por sus devastaciones, las declararon rebeldes, y de ese modo se encendió la guerra civil hasta en las mismas provincias españolas. Los descontentos se apoderaron de Maestricht y de Amberes, llenándolos de luto y desolación por espacio de tres días. Los Estados se unieron entonces á los protestantes contra los españoles y todos

de acuerdo juraron un tratado que se llamó la *Pacificación de Gante*.

Don Juan y sus inútiles hazañas. Guillermo el Taciturno (1577-1578). — Felipe II pensó que para restablecer su autoridad en los Países Bajos se necesitaba nada menos que el genio de Don Juan de Austria, vencedor de los moriscos en España y de los turcos en Lepanto. En consecuencia le ordenó que fuese á someter dichas regiones. El célebre gobernador, que recurrió primeramente á las negociaciones, aparentó aceptar la *Pacificación de Gante*, mostrándose favorable á la paz. Pero Guillermo reanimó la rebelión y se hizo declarar jefe del ejército por los estados reunidos. Sin embargo, celosos los nobles de su influjo, llamaron para ponerlo á su cabeza á Matías, hermano del emperador de Alemania, Rodolfo II. El Taciturno, que no podía menos de acoger con placer todo lo que tendiera á dividir á la casa de Austria, aceptó con placer esa idea, y la guerra dió principio otra vez. Don Juan ganó la batalla de Gemblours (1578), pero luego fué derrotado en Diemar. Poco más tarde murió, de manera tan rápida y extraña, que se ha acusado á Felipe II de haberlo envenenado (1578.)

Unión de Utrecht. Independencia de las Provincias Unidas (1579). — Después de la muerte de Don Juan, y bajo el mando de su sucesor Alejandro Farnesio, las provincias del Norte se aislaron del resto de los Países Bajos. Guillermo las excitó á coligarse, por haber notado en ellas cierta identidad de costumbres, de hábitos y de intereses que debían unir las perpetuamente contra España. El acto de unión se firmó en Utrecht el 23 de enero de 1579 por las provincias de Holanda, de Zelanda, de Utrecht, de Gueldre y de Groninga. Cinco meses después se adhirieron á ellas las de Frisia y Over-Yssel, y así quedó fundada la república de las siete Provincias Unidas.

§ II. — *Felipe II y España. Conquista de Portugal (1579-1598).*

Estado de España. — España se había visto tam-

bién amenazada de sufrir la invasión de las doctrinas luteranas y calvinistas. Agustín Gazagia propagaba las segundas en Sevilla, Valladolid, Toro y Palencia, mientras que el doctor Constantino de Sevilla difundía las luteranas por las principales ciudades andaluzas. Para cortar el vuelo al error, que hubiese encendido en España como en las demás naciones la guerra civil, Felipe excitó el celo de la Inquisición, que Fernando y Carlos V autorizaran, asistió en persona á un auto de fe en Valladolid, y dijo públicamente que no vacilaría en quemar á su hijo, si algún día llegara éste á incurrir en herejía.

En 1568 se propuso acabar con las divisiones religiosas que entonces existían en España, y con tal fin ordenó á los moros que cambiasen de idioma, y de traje, renunciando á sus prácticas supersticiosas, y adoptando la religión católica. Ese decreto provocó vasta insurrección; agitóse el reino de Granada, eligiendo rey á Mahomet Abén Humaya; fijáronse en la tierra cuatro estandartes vueltos hacia los puntos cardinales, y el nuevo monarca, con la frente inclinada hacia Oriente, juró fidelidad al profeta. Durante dos años, el marqués de Mondéjar persiguió á los rebeldes hasta en las inaccesibles montañas de las Alpujarras; pero disgustado por lo lento de esa guerra, Felipe II le quitó el mando para dárselo á su hermano natural Don Juan de Austria. Este nuevo jefe dió muerte á más de cien mil sublevados, aislándolos en las ciudades vecinas, y redujo á esclavitud los restantes (1570).

Conquista de Portugal (1581). — Felipe II reparó la pérdida de las Provincias Unidas con la conquista de Portugal. Después del reinado de don Manuel, esa nación había tenido por soberano á su hijo Juan III (1521) que no pensó más que en recobrar el poder absoluto. La dinastía de Avis tuvo por últimos representantes al infortunado Sebastián, que pereció en una expedición contra los moros de África (1578) y el cardenal Enrique. Este último era un santo obispo que había trabajado con celo en la reforma del clero, fundado escuelas y hospicios en favor de los pobres, y protegido las letras, recompensando á los hombres de

estudio, y creando colegios en Coimbra y Lisboa, así como una universidad en Évora. Pero cuando recogió el cetro, la edad había paralizado ya sus fuerzas, y no pudo ser más que espectador apenado de los debates que produjo la elección de su sucesor. Murió en 1580.

Seis pretendientes aspiraban á su corona, y de ellos el más poderoso era Felipe II. Sin esperar la decisión de las cortes portuguesas, el rey de España se captó la voluntad de la mayor parte de los nobles y envió al duque de Alba con 30.000 hombres á conquistar el país. Ese ilustre general llevó á cabo su empresa en tres semanas. La victoria de Alcántara y la dispersión de la escuadra portuguesa por el marqués de Santa Cruz sofocaron todas las resistencias. Felipe II se presentó el 15 de abril en Tomar, á celebrar sus primeras Cortes, y dos meses más tarde (15 de junio) hizo su entrada en Lisboa (1581).

Esa conquista duplicó las fuerzas de Felipe, realizando la unidad de la península ibérica, y extendiendo su dominación por multitud de posesiones lejanas, situadas en América, en África y en las Indias.

Relaciones de Felipe II con Inglaterra y Francia. — Desde la muerte de su mujer, la reina María, Felipe II se hallaba en oposición directa con Inglaterra. Isabel había desdenado su mano, declarándose abiertamente por los protestantes. Felipe II prometió su apoyo á los católicos de Inglaterra, y negoció en París, en Lisboa, Viena y Roma en favor de María Estuardo. Por su parte, Isabel excitaba á los reformados en los Países Bajos, y sus bajeles empezaron á ejercer la piratería contra los buques españoles. La guerra estalló, con ocasión de la muerte de María Estuardo, y Felipe II fué vencido una vez más. Al saber ese desastre, el monarca español exclamó con resignación : « Doy gracias á Dios por haberme dado recursos para soportar esa desgracia. Una rama ha sido cortada del árbol, pero éste se halla todavía floreciente y la reemplazará. »

En efecto, la situación no era desesperada para Felipe. La muerte del duque de Guisa, que ocurrió poco tiempo más tarde (1588), le permitió abrigar la esperanza de llegar á sentarse un día en el trono francés.

Ya había mandado un socorro de 3.000 hombres á Montluc, cuando los protestantes entregaron el Havre á los ingleses y solicitaron el apoyo de sus hermanos de Alemania. Su influencia llegó al apogeo sobre todo durante el débil gobierno de Enrique III. Declárase protector de la Liga, y no hubo nadie capaz de hacer contrapeso á su autoridad. El duque de Mayenne no tenía vigor bastante para proteger á los católicos, y los ligueros confesaban que primero obedecerían á un extranjero que á un hereje. Entonces fué París defendido por los españoles contra Enrique IV (1590); la facción de los Diez y seis se pronunció por Felipe, y los estados generales de 1593 propusieron que se reconociese como reina de Francia á la infanta Isabel. Pero la abjuración de Enrique IV destruyó todos esos proyectos, quitando á la Liga su razón de ser.

A partir de ese instante, Felipe II no experimentó en Francia más que reveses. La Liga se disolvió y las tropas españolas evacuaron París. No pudiendo reinar sobre Francia, Felipe quiso por lo menos desmembrarla, y al efecto reivindicó la Borgoña como descendiente de Carlos el Temerario, la Provenza como heredero de Fernando, y recordó los pretendidos derechos de su hija sobre la Champaña, la Bretaña, la Normandía, el Borbonesado y la Auvernia. Pero todo lo que logró fué excitar levantamientos sin importancia en algunas de esas provincias, y, después de la toma de Amiens, tuvo que reconocer á Enrique IV en Vervins, y restituirle las regiones por él conquistadas (1598).

Muerte de Felipe II. Decadencia y postración de España (1598). — Felipe II murió el mismo año. Ese gran rey, que tan gigantescos proyectos concibiera, no transmitió á sus sucesores más que un reino decadente y arruinado. Los esfuerzos que había tenido que hacer para conservar su autoridad en los Países Bajos le causaban tan irritante recuerdo, que antes de morir cedió sus derechos sobre esa región á su hija Isabel y á su yerno el archiduque Alberto.

Resumen de este capítulo. En el siglo XVI desempeñó España papel completamente opuesto al de Inglaterra. Isabel no se contentó con separar su reino de Roma, sino que sostuvo al partido protestante en toda Europa. Por el contrario, Felipe II fué

defensor del catolicismo; cerró España á las doctrinas de los innovadores, y combatió sus esfuerzos, no sólo en los Países Bajos, sino también en Francia, en Inglaterra y en Alemania. Desgraciadamente, á la vez que defendía la fe, no fué insensible á la ambición, y, en medio de todas esas luchas, soñó con el imperio universal, que por un instante vislumbrara Carlos V.

I. Por lo demás, la extensión de sus Estados le permitía concebir vastos proyectos sin que pareciera proponerse fines superiores á sus fuerzas. Al principio de su gobierno, continuó contra Francia la lucha entablada por su padre, y la terminó gloriosamente, dos años después de su victoria de San Quintín, mediante el tratado de Cateau-Cambresis (1559). Después de eso desplegó gran celo para mantener en todos sus pueblos la pureza de la fe. Descontentos por el modo como los trataba ese nuevo gobierno, los Países Bajos hallaron ahí motivo para rebelarse. Guillermo el Taciturno hizo firmar á los nobles el pacto ó compromiso de Breda (1564). Entonces los calvinistas se entregaron á deplorables excesos, pero Margarita de Parma logró sofocar la insurrección. La gobernadora aconsejaba á Felipe II la moderación; pero el duque de Alba hizo prevalecer la política contraria. Habiendo sido nombrado generalísimo de las tropas españolas, hizo su entrada en Bruselas (26 de agosto de 1567), y trató con extraordinaria severidad á cuantos le parecieron sospechosos. Guillermo se puso al frente de un ejército; pero el duque de Alba lo derrotó (1568). Esa victoria lo hizo tan insolente que ya no respetó á nadie. La Zelanda y la Holanda se alzaron en armas, y Guillermo el Taciturno nombrado stat-houder (1572). Felipe II comprendió que debía quitar el mando al duque de Alba (1573) y lo dió á Requesens, que iba á comprometerlo todo con su debilidad é indecisión. En vano lo reemplazó por D. Juan, el vencedor de Lepanto. Ese nuevo general murió tal vez envenenado, después de ser vencido en Diemar (1578). Entonces las provincias del Norte se separaron del resto de los Países Bajos y las de Holanda, Zelanda, Utrecht, Gueldre, Groninga, Frisia y Ower-Yssel formaron lo que se llamó república de las siete Provincias Unidas (1579).

II. En España, Felipe II desplegó la mayor severidad para mantener la autoridad religiosa. Los recursos de su vasto imperio eran tan grandes que, después de haber perdido parte de los Países Bajos y hecho enormes sacrificios para sostener esa guerra, pudo todavía llevar á cabo la conquista de Portugal, emprender un desembarco en Inglaterra é intervenir en la política interior de Francia. Portugal consolidó su poderío en la India cuando hubo muerto D. Manuel; pero como Juan III no dejase como sucesor más que un niño de tres años, el infortunado D. Sebastian (1557), este príncipe fué reemplazado á su vez por un anciano septuagenario (1578), el cardenal Enrique, que vió disputarse su herencia á multitud de pretendientes cuando él vivía aún. Felipe II, que era el más poderoso, pudo más que los otros, y la conquista de Portugal (1581) agregó á sus Estados multitud de posesiones en las distintas partes del mundo. Usó de su poderío contra Isabel poniendo al descubierto en todas partes los cálculos de su astuta política. Después de la muerte de Maria Estuardo, Felipe II lanzó contra Inglaterra una inmensa

escuadra, á la cual no hubiese podido resistir aquélla si los vientos y las tempestades no la hubieran dispersado (1587). Felipe II había querido aprovechar las disensiones que entonces desgarraban la Francia, para llegar á apoderarse de su trono; pero la conversión de Enrique IV puso fin á todas las dificultades, y el tratado de Vervins cerró para siempre Francia á los españoles (1598). Felipe II murió en ese mismo año.

CAPÍTULO XXXI.

PRINCIPIOS DE LA REFORMA Y GUERRAS DE RELIGIÓN EN FRANCIA; CARLOS IX; EL CANCELLER DE L'HOPITAL; LOS GUISAS (1).

La reforma se introdujo en Francia bajo Francisco I, y efectuó con sus sucesores grandes progresos. Los reyes desplegaron gran severidad contra los innovadores, pero su falsa política paralizó ese celo que mostraban por la defensa y pureza de la fe. Mientras Francisco I y Enrique II perseguían á los reformados en Francia, los apoyaban en Alemania; esa conducta contradictoria, quitó toda eficacia á su acción. Por otra parte, muchos nobles se declararon en favor de los protestantes, creyendo sin duda que ese era el medio de llegar al poder supremo, reemplazando á la monarquía, casi absoluta entonces. Las pasiones políticas se ocultaron detrás de los intereses religiosos, y la guerra civil fué el fruto de esas disensiones. En tiempos de los débiles Francisco II y Carlos IX vamos á ver la odiosa política de Catalina de Médicis alimentar la discordia en beneficio personal de esa reina, y precipitar á Francia en los horrores de la anarquía.

§ I. — Principios de la reforma en Francia.

De la reforma bajo Francisco I (1520-1523).

— Las doctrinas de Lutero tuvieron al principio en Francia escaso eco. El poder real comprendió que el catolicismo era el único que podía defender el trono contra los facciosos que lo rodeaban. El pueblo no leía los libelos de los sectarios, y los teólogos se indignaban por sus atentados hasta tal punto que la Sorbona condenó en 15 de abril de 1521 las obras de Lutero, mandando quemarlas. El error no hizo presa en los

ACTORES QUE CONSULTAR: Además de las historias generales de Francia, véanse las memorias contemporáneas de Montluc, Tavannes, la Noue, Castelnau, etc.; Audin, *Historia de Calvino*; de Haller, *Historia de la reforma protestante en la Suiza occidental*; Mainbourg, *Historia del Calvinismo*; Soulier, *id.*

comienzos más que en esos hombres superficiales, aficionados al estudio de las letras profanas, y que sólo conocían ligeramente la religión. El freno que la Iglesia imponía á las pasiones de los estudiantes, hizo que éstos se mostraran en su mayor parte favorables á las opiniones de los innovadores, y pronto la doctrina de Lutero halló defensores y apóstoles secretos, pero celosos, en las más célebres universidades. Luis Berquín tradujo en París el *Cautiverio de Babilonia*, y la ponzoña pasó de las escuelas á la corte que era muy licenciosa en aquella época. Los *Coloquios* de Erasmo, esa sátira animada y espiritual contra los monjes y el clero, eran leídos con avidez. Las damas y los gentiles hombres cantaban los salmos de Marot. Margarita de Navarra y Renée de Francia atraían á sus castillos á los jefes de la nueva religión, esperando hallar así prácticas menos molestas y moral más acomodaticia.

Francisco I se opone á la reforma (1525-1545).

— Es cierto que Francisco I se unió con los protestantes de Alemania contra Carlos V, obedeciendo á planes políticos; pero nunca aprobó sus doctrinas, en las cuales sólo veía gérmenes de anarquía, y por eso encargó al parlamento de impedir que se extendieran. En 1525 y 1526, se ordenó á los obispos que establecieran en su diócesis una comisión compuesta de dos laicos y de dos eclesiásticos para sofocar el error donde quiera que se manifestase. Al mismo tiempo se prohibió una traducción francesa de la Biblia, calcada sobre la de Lutero. Pero contra las personas no se ejerció acción alguna hasta 1535, época en que los protestantes pegaron en todas las paredes de París, y hasta en el mismo Louvre, un pasquin insultante. Ese libelo blasfematorio, que atacaba la misa y la transubstanciación, pareció revelar vasto complot; los principales autores de esa especie de conspiración fueron quemados ante la vista del rey y de la corte. Al año siguiente, Francisco I prohibió la imprenta, pero ante las observaciones del parlamento, se contentó con hacer censurar los libros. La facultad de París publicó el catálogo de los que sus doctores habían condenado desde la aparición del protestantismo. El rey sancionó

esa lista, y se prohibió á todos los libreros que vendieran ó imprimiesen dichas obras.

El protestantismo no realizó grandes progresos en Francia hasta que Calvino dió á luz su doctrina en su tratado de la *Institución cristiana*. Ese libro, que primero fué publicado en latín y traducido luego al francés, estaba dedicado á Francisco I, é iba precedido de un elocuente prefacio en favor de la tolerancia que Calvino debía practicar tan bien más tarde. La obra no carecía de arte y el estilo, que unía en ocasiones á la concisión de Tácito y á la habilidad de Séneca la armoniosa elegancia de Virgilio, era muy á propósito para cautivar á los humanistas. El autor pretendía probar que la nueva religión era tan antigua como el mundo, y había hecho lo posible por encontrar en la Escritura y los santos Padres base para todas las innovaciones que consignaba sobre la Eucaristía, la predestinación, los sacramentos y otros puntos de doctrina, devolviendo á la Iglesia romana el reproche de herejía y acusándola de haber falsificado en interés de su ambición la enseñanza primitiva de Jesucristo y sus apóstoles.

Después de la publicación de esa obra marchó Calvino á Ferrara donde fué muy bien acogido por la duquesa Renée de Francia, hija de Luis XII y mujer del duque de Este. Esa princesa estaba entonces en dificultades con el Sumo Pontífice, y recibía en su corte á Marot y otros reformadores franceses; pero un tratado de paz que firmó con el papa la obligó á desterrar á esos refugiados, y Calvino se alejó de su palacio, sin dejar por eso de mantener con ella activa correspondencia. Dirigíase aquél á Basilea cuando Farel, sabiendo que se hallaba en Ginebra, fué á dar con él y le ordenó que se quedase á su lado para acabar la reforma de los genoveses. Desde esa opulenta ciudad, ejerció Calvino particularmente su acción sobre Francia. Su enseñanza fué aceptada por la burguesía, la clase mercantil y la nobleza inferior en las provincias del mediodía, donde la doctrina de los albigenses y los escándalos del gran cisma habían mantenido violenta oposición contra la Iglesia romana.

En 1535, un año antes de publicarse el libro sobre la *Institución cristiana*, Francisco I, en interés de su

alianza con los protestantes alemanes, publicó el edicto de Coucy, que prohibía todo proceso por causa de religión. Ese edicto de tolerancia fué lo que permitió á Calvino dedicar su obra al rey; pero viendo Francisco I la rapidez con que se extendía el error, volvió sobre su acuerdo, y publicó el edicto de Fontainebleau (1540), por el cual declaraba criminales de lesa majestad divina y humana á los partidarios de Lutero y de Calvino, amenazándolos con los castigos más terribles. Esas palabras tenían por objeto intimidar á los innovadores, pues en la práctica ese decreto no fué aplicado con gran severidad.

Matanza de los Valdenses. — El parlamento de Aix no dió ejemplo de análoga moderación. Al contrario, en 1540 decretó la confiscación, el destierro y el exterminio de algunos grupos de antiguos valdenses, que vivían retirados en las montañas del Delfinado y de la Provenza, y que se habían unido con los calvinistas de Suiza y los luteranos de Alemania. El digno obispo de Carpentras, el ilustre y caritativo Sadolet, se conmovió profundamente al saber aquella nueva. Inmediatamente imploró en favor de los desdichados la clemencia del rey, y logró que se aplazase hasta 1545 la ejecución de tan terrible sentencia. Entonces, á pesar de las nuevas súplicas del piadoso prelado, que había aprovechado aquel plazo para tratar de convertir, aunque casi sin éxito, á las mencionadas poblaciones, el presidente D'Oppède y el fiscal Guérin marcharon á la cabeza de treinta mil hombres, que mandaba el barón de la Garde, contra los burgos y aldeas que habitaban los sectarios. Hombres y mujeres, niños y viejos, todos fueron degollados. Cuatro mil personas murieron á manos de los asesinos y veintiocho pueblos quedaron reducidos á cenizas. El relato de esos espantosos horrores apesadumbró el alma de Francisco I, quien murió legando á su sucesor la venganza de aquellos excesos.

De los progresos del protestantismo bajo Enrique II (1547-1559). — Enrique II quiso castigar á los feroces asesinos de los valdenses. Sin embargo, el parlamento de París se mostró tímido y débil porque temió que su severidad fuera favorable á la causa de los

reformados. El presidente D'Oppède y sus cómplices fueron absueltos; el único condenado á muerte fué el fiscal Guérin, y eso como falsario. La opinión pública conocía, pues, las intenciones del rey, pero el espíritu de cisma y de herejía no dejaba de continuar progresando. Los movimientos sediciosos que estallaron en el Agénois, el Périgord, la Saintonge, la Gascuña y el Limosín hicieron presentir á Enrique II cuántos temibles eran las nuevas ideas que se difundían por el pueblo. Así fué que dictó contra los sectarios su edicto de Châteaubriant (1531). A pesar de la severidad de ese acto, aquellos hallaron apoyo en Coligny, Dandelot, Condé y todos los grandes, trabajados por ambiciosos pensamientos. Asustado el cardenal de Lorena, propuso la Inquisición (1533). El parlamento empezó por negarse á tal medida, pero luego la adoptó, aunque con ciertas restricciones (1538). Pero todas esas medidas fueron impotentes contra el contagio, que por todas partes se hacía más grave. Inmediatamente después del establecimiento de la Inquisición, se atrevieron los reformados á reunirse públicamente en el Pré-aux-Clercs, y de allí partieron en procesión, y cantando salmos de Marot atravesaron todo París (1539). Varios miembros del parlamento se declararon en favor de los herejes, y por eso fueron sometidos á juicio. Entretanto, los protestantes de la isla de Francia, de Normandía, del Orleanesado, del Aunis y del Poitou nombraron diputados que se reunieron en París redactando una constitución de cuarenta artículos. Después pidieron ayuda á los príncipes alemanes, y formaron un verdadero Estado en el Estado. Enrique II murió cuando ya estaba á punto de estallar la guerra civil.

§ II. — *Guerras de religión. Carlos IX. El canceller de L'Hôpital. Los Guisas (1559-1574).*

Francisco II. Valimiento de los Guisas (1559).
 — El reinado de Francisco II fué corto, pero funesto. Como el rey era demasiado débil para gobernar por sí mismo, las facciones se disputaron el poder. Catalina de Médicis, que durante el reinado precedente había permanecido retraída, se convierte de pronto en una

potencia que todos los ambiciosos halagan. Los Guisas alcanzaron su valimiento, y de ese modo se convirtieron en depositarios del poder.

Conjuración de Amboise (1560). — Su absoluta privanza inspiró celos al condestable de Montmorency y á los duques de Borbón. Como los protestantes formaban ya un partido poderoso dentro del Estado, Condé resolvió unirse con el almirante Coligny, jefe de aquéllos, en provecho de su personal ambición. Proponíase derribar á los Guisas para reemplazarlos. El almirante quería mucho más, pues meditaba la ruina del trono y el establecimiento de la república. Pero se convino en que la primera necesidad consistía en ligarse contra los Guisas, á quienes los calvinistas odiaban, creyéndolos autores de todos los edictos dictados contra ellos. Así pues, conspiróse secretamente con el fin expuesto. Juan de Bari, señor de la Renaudie, que había pasado ya ante la justicia como falsario, se puso en persona al frente de la conjuración. Mas, fué indiscreto y el plan transpiró. El duque de Guisa, conocedor del secreto, llevó la corte de Blois al castillo de Amboise, y esperó á pie firme á los conspiradores. Éstos cayeron en el lazo y fueron todos exterminados.

Edicto de Romorantin. Prisión de Condé. — Los Guisas fingieron no creer en la complicidad de Condé y de los restantes príncipes, y los declararon inocentes. Habiendo muerto el canciller Olivier, diósele como sucesor Miguel de L'Hôpital, el hombre más moderado de su tiempo. Éste dictó el *edicto de Romorantin* (mayo de 1560, para prohibir á los jueces seculares el conocimiento del crimen de herejía, y hacer más suave la jurisdicción de los tribunales. Sin embargo, Francia entera se hallaba en fermentación precursora de horribles catástrofes. Convocóse en Fontainebleau la *asamblea de notables* sin obtener ningún efecto benéfico sobre los espíritus, y luego fueron reunidos en Orleans los estados generales (18 de octubre). El rey de Navarra y el príncipe de Condé, que no cesaban de excitar á la sedición, acudieron á ellos y fueron presos allí. Los Guisas deseaban hacer ejecutar á Condé y ya se había pronunciado su sentencia de muerte cuando vino á salvarlo la muerte de Francisco II.

Carlos IX. Regencia de Catalina de Médicis

— Nunca había necesitado Francia tanto como entonces ver á su frente un hombre capaz. Desgraciadamente, ese país perdía un rey débil y pusilánime para caer en manos de una mujer y de un niño. El hermano y sucesor de Francisco II, Carlos IX, no tenía más que diez años, y la regencia correspondía á su madre, Catalina de Médicis, que se apoderó ansiosamente del poder. Su divisa era que *para reinar precisaba dividir*. Con arreglo á esa máxima, opuso los Borbones á los Guisas, los protestantes á los católicos y sembró el desorden



Miguel de L'Hôpital.

para asegurar en sus manos la dominación. Su primer cuidado fué llamar de nuevo á la corte al condestable de Montmorency, devolver la libertad al príncipe de Condé, mostrar á Coligny la mayor deferencia y al mismo tiempo halagar á los Guisas.

El canciller de L'Hôpital. — Catalina había toma-

do como canciller á L'Hôpital, magistrado muy serio é íntegro, que hubiese deseado imponer la tolerancia á ambos partidos. « Suprimamos, decía, esas palabras diabólicas, partidos y sedición, luteranos, cugonotes y papistas: no cambiemos el nombre de cristianos. » Personalmente se jactaba de gran imparcialidad, pero su mujer y la familia de ésta eran protestantes, y L'Hôpital experimentó más de una vez, sin darse cuenta de ello, la influencia de las personas que lo rodeaban en las medidas de conciliación que le fueron sugeridas por su carácter. Publicó el edicto de Romorantín, que impidió el establecimiento de la Inquisición en Francia, hizo más tolerable la jurisdicción de los tribunales respecto

de los reformados, retirándoles el conocimiento del crimen de herejía para atribuirlo á los obispos.

Catalina atrajo á la corte á todos los señores que se mostraban favorables á las nuevas doctrinas, y toleró el ejercicio del culto protestante hasta en el pallacio del rey. El duque de Guisa, el condestable de Montmorency y el mariscal de San Andrés, asustados ante los peligros que corría la fe, formaron una liga para la defensa de la religión católica y de la unidad nacional. Á eso fué á lo que los protestantes llamaron *triumvirato católico* (abril 1561).

La reina, que temía á los Guisas y que no quería dejarles tomar demasiado ascendiente, continuó favoreciendo á los calvinistas. Á petición suya se reunió la conferencia de Poissy (9 de septiembre) en que Lainez y los doctores católicos convencieron á los reformados de hallarse en contradicción con las tradiciones respecto de la cena, pero sin obtener ningún resultado.

Habiendo estallado turbulencias en París y otras varias ciudades, la reina dejó, sin oponerse á esas violencias, que los protestantes saqueasen las iglesias, profanaran los vasos sagrados, rompieran los crucifijos y derribaran los altares. Y hasta pareció autorizarlas, ordenando que la burguesía de las grandes ciudades fuese desarmada, para que el pueblo no pudiera reprimir aquellos atentados.

El edicto de Enero de 1562 colmó la medida, prohibiendo el culto protestante en las ciudades y permitiéndolo en las campiñas. Los parlamentos comprendieron hasta qué punto era peligrosa esa medida contradictoria, y el de París no le dió el pase sino después de declarar que lo hacía por necesidad.

Matanza de Vassy. — Animados por esas concesiones, los protestantes siguieron más bien el espíritu que la letra de la ley, y sin tener en cuenta las condiciones del edicto, celebraron sus reuniones en París y en las demás ciudades. El duque de Guisa, que pasó por Vassy el 1º de marzo de 1562, se detuvo allí para oír misa. Era domingo. Los calvinistas estaban orando en una granja situada cerca de la iglesia, é impedían con el cántico de sus salmos la ceremonia católica. El duque mandó á algunas de sus gentes para que les impusiesen

silencio en nombre del nuevo edicto. Produjose una riña, y como el duque acudiera para calmar el tumulto, fué herido en el rostro. Al ver que corría la sangre de su señor, los servidores no pudieron contenerse, y lanzándose sobre los hugonotes mataron á varios é hirieron á algunos más. Los calvinistas exageraron el hecho, y en toda Francia se habló de la matanza de Vassy. Esa fué la señal de la guerra civil.

Para formarse idea exacta de lo que eran esas guerras religiosas que duraron más de treinta años, no hay que considerarlas como lucha de ejércitos regulares que se dan batallas más ó menos sangrientas, más ó menos desastrosas. La guerra reinaba en todas partes: se la hacía una ciudad á otra, un castillo á su vecino, una familia á la inmediata. Independientemente de las grandes batallas que la historia ha registrado, había una especie de guerras particulares que causaban mayor derramamiento de sangre que la lucha general, y que acumulaban más ruinas. No admitiendo los protestantes el culto de los santos ni el santo sacrificio de la misa, incendiaban las iglesias y destruían las pinturas y las imágenes donde quiera que dominaban. Todas las riquezas que la piedad de los fieles había acumulado en las iglesias, todos los objetos de arte que inspirara la fe, todo cuanto de más precioso existía en los santuarios más venerados, todo lo robaron, lo profanaron ó lo destruyeron.

Primera guerra civil. — El príncipe de Condé, que era uno de los jefes más ilustres del partido reformado, fué el primero en resolverse á hacer la guerra á su patria. Reunió, pues, tropas, é intentó apoderarse de la persona del rey. Pero no habiéndole salido bien esa tentativa, se arrojó sobre Orléans. Coligny, que había vacilado en alzar estandarte de rebelión, cedió á las instancias de su mujer y llamó á todos los reformados á las armas. Blois, Tours, Poitiers, Angers, Chinón y todas las ciudades del Loira, cayeron en su poder. La sublevación se extendió luego por Normandía, el Poitou, la Saintonge y las provincias meridionales. Los insurrectos aconsejaban la destrucción de las iglesias y de las imágenes, y el robo de los vasos sagrados, bajo el pretexto de que el culto de la Iglesia romana

constituía monstruosa idolatría que precisaba destruir. Poitiers, Bourges, Saumur y otras muchas poblaciones, fueron teatro de escenas espantosas.

Un sínodo de setenta predicadores, celebrado en Nimes por Viret, autorizó todos esos excesos y aun los declaró deber de los miembros de la nueva religión. En Montaubán, en Castres, en Béziers y Montpellier, donde estaban los protestantes en mayoría, prohibieron á los católicos el ejercicio de su culto. El barón de los Adrets, que se hallaba al frente de los reformados del Delfinado, aterrorizaba á esa provincia con las ejecuciones bárbaras que llevaba á cabo con extraordinaria facilidad. Después de la toma de Montbrison, obligó á los prisioneros que había echo á precipitarse desde lo alto de una azotea sobre las puntas de las picas de sus soldados. Habiendo uno de esos desdichados vacilado por dos veces antes de arrojarle, el de los Adrets le dijo en son de zumba : « Pareces ponerle mala cara. — ¡Eh! señor barón, quisiera ver si Vm. lo sabe hacer mejor. » Esa respuesta lo salvó.

Tales horrores provocaban espantosas represalias. Montluc en el Languedoc y la Guyenne hacia con los protestantes lo que el de los Adrets practicaba con los católicos. Cuantos rebeldes caían en sus manos eran ahorcados, y de ese modo señalaba su camino con tan tristes señales.

Como los católicos, mandados por el duque de Guisa, había tomado á los protestantes todas las ciudades del Loira hasta Tours, Condé y Coligny no vacilaron en abrir la entrada de su patria al extranjero. En efecto, llamaron en su auxilio á los luteranos germánicos, pidieron socorros á Isabel de Inglaterra, y le entregaron la plaza de Calais de que en mejores días se apoderara Guisa.

Esos antipatrióticos manejos no impidieron que el duque siguiera ganando terreno. Apoderóse de Ruán después de sitiaria, entregando la ciudad á saco durante ocho dias y mandando morir á los jefes protestantes. Condé, que había recibido de Alemania 7.000 hombres de refuerzo, tentó en vano reparar aquella pérdida. Ya se dirigía al Havre, para recibir allí á los ingleses, cuando lo detuvo el duque de Guisa en Dreux, obli-

gándolo á combatir (19 de diciembre de 1562). Los reformados fueron deshechos y Condé quedó prisionero.

Asesinato del duque de Guisa (1563). — Del triunvirato católico no quedaba ya más que el duque de Guisa, pues el mariscal de San Andrés había sido muerto y el condestable de Montmorency hecho prisionero en esta última batalla. Dueño de Condé, el de Guisa lo trató con caballerosa generosidad, reconciliándose con él.

La reina madre había quedado más asustada que contenta al saber la victoria de Dreux, pues los Guisas le parecían demasiado poderosos, y su deseo hubiera sido negociar con los protestantes y proponerles una amnistía. Pero el duque continuó sus triunfos y se presentó á sitiar á Orleans, creyendo que, una vez dueño de esa ciudad, cortaría toda comunicación entre los protestantes del norte y los del mediodía. Allí le esperaba sin embargo la muerte. Un hugonote del Angoumois, llamado Poltrot de Méré, lo asesinó con gran alegría de los protestantes, y tal vez para cumplir las órdenes de Coligny (28 de febrero de 1563).

Paz de Amboise. — Con eso recuperó Catalina de Médicis su libertad de acción. Prisioneros Condé y Montmorency, ya no quedaba á su lado nadie que hiciera contrapeso á su poder. Hizo, pues, las paces con Condé en Amboise, y otorgó á los reformados el libre ejercicio de su culto en los dominios de los señores que tenían el derecho de administrar justicia y en una ciudad por distrito (12 de marzo de 1563).

Segunda guerra civil (1567-1568). — Dueño otra vez de su persona, Condé fué el primero en pedir que se aprovechase la paz para arrojar de Francia á los ingleses que él mismo llamara, expulsándolos del Havre. Catalina consintió, hizo declarar mayor de edad al rey, y lo acompañó luego á través de toda Francia (1564-1566), proponiéndose estudiar el estado de los espíritus y calmar las querellas. Al pasar por Bayona, celebró con el duque de Alba una entrevista que alarmó á los partidarios de Calvino, los cuales pretendieron que la reina había pactado con el general español algo que debía serles funesto, así como á

los protestantes de los Países Bajos. Según ellos, el duque de Alba aconsejó á la reina madre la muerte de todos los jefes de los reformados, añadiendo « que la cabeza de un salmón valía más que las de diez mil renacuajos. »

Condé y Coligny concibieron entonces el proyécto de separar al rey de su madre, con objeto, decían, de hacerlo hablar y proceder como á ellos les pareciese, cubriendo así ante la vista de la nación las apariencias legales. Al efecto embistieron súbitamente á Meaux, donde el rey se había retirado, pero los suizos formaron alrededor del monarca una guardia invencible, que nada pudo quebrantar, y lograron volver á introducirlo en París.

Como el complot había fracasado, el ejército protestante se adelantó hasta las puertas de la capital, que Condé se proponía bloquear. El anciano Montmorency le presentó batalla cerca de Saint-Denis. En ese encuentro murió el condestable, pero los católicos quedaron dueños del campo. La situación de Condé hubiese sido muy crítica, de no haberle enviado de Alemania el elector palatino 9.000 lansquenetes.

Paz de Longjumeau (1568). — Catalina de Médicis no había reemplazado al duque de Montmorency en el cargo de condestable, y carecía de ejército que oponer á las bandas extranjeras.

L'Hôpital, que siempre tenía en la mente ideas de conciliación, habló de paz, y ésta fué firmada en Longjumeau el 27 de marzo de 1568. Llamósele *la pequeña paz* porque sólo duró seis meses.

Los calvinistas la aprovecharon para reparar sus pérdidas. Continuamente se quejaban, mientras que en el sur perseguían á los católicos, arrojando de sus conventos á los religiosos de ambos sexos y de sus iglesias á los sacerdotes, y despojando los santuarios de sus riquezas, á la vez que degollaban á los fieles que caían en sus manos. No teniendo medios de pagar sus tropas, las mantenían con el producto de continuas depredaciones, y se entregaban por mar á una especie de piratería contra todos los barcos católicos, sin preocuparse de que fueran franceses ó italianos, españoles ó portugueses. Y Condé llegó hasta sacar á pública

subasta los bienes eclesiásticos de las provincias en que dominaba.

En tal situación no era posible aceptar la política conciliadora de L'Hôpital. Este perdió su puesto, y Catalina de Médicis dió principio á su tercera guerra.

Tercera guerra (1568-1570). — La reina dió el mando de las tropas católicas á su hijo, el joven duque de Anjou, que debía reinar después de Carlos IX con el nombre de Enrique III. Á su lado puso á Tavannes y á Birón, que debían guiarlo. Los reformados tenían todas sus fuerzas en la Rochela, que por su situación de ciudad marítima, les permitía recibir pertrechos y socorros de Inglaterra.

El mariscal de Tavannes marchó sobre la Charente y sorprendió la retaguardia de los hugonotes cerca de Jarnac (13 de marzo de 1569). Condé, herido en un brazo la víspera, acudió con 300 jinetes, haciendo prodigios de valor. Pero derribado de su caballo, murió á manos del capitán de guardias del duque de Anjou, Montesquieu, que le descerrajó á boca de jarro un tiro en la cabeza.

Después de esa derrota y de la pérdida de su general, los protestantes se desalentaron y quisieron encerrarse en la Rochela. Una mujer, Juana de Albret, les devolvió ánimos, presentándose en medio de ellos con su hijo el príncipe de Béarn, que debía ser más tarde Enrique IV y el joven Condé. « Amigos míos, les dijo al presentarles los dos mozos; hé aquí dos nuevos jefes que Dios os envía y dos huérfanos que entrego á vuestra custodia. »

El joven Béarnais no contaba sino quince años, pero era valiente, alegre y muy listo; los soldados y los oficiales se prendaron de él y lo proclamaron con entusiasmo su generalísimo. Coligny aceptó el puesto de consejero y lugarteniente del futuro rey.

Los reformados no habían perdido en Jarnac más que 400 hombres. Coligny recibió poco después un refuerzo de 13.000 alemanes, y pudo hasta tomar de nuevo la ofensiva. Cerca de la Rochela obtuvo un pequeño triunfo, y luego puso sitio á Poitiers. Pero el duque de Anjou logró hacerle levantar el asedio, y sorprendió al ejército protestante entre el Dive y el

Thoué, cerca de Moncontour (3 de octubre). De esta vez los hugonotes quedaron completamente deshechos, dejando 6.000 hombres en el campo de batalla.

Sin embargo, el almirante no quedó abatido por su derrota. Mientras su vencedor se apoderaba de San Juan de Angély, Coligny reanimó el furor de los sectarios en el mediodía, reconstituyó sus fuerzas y se presentó en Borgoña con toda la nobleza protestante del Delphinado y la Provenza.

Paz de Saint-Germain (1570). — Carlos IX se mostraba celoso de la gloria adquirida por su hermano. Por su parte Catalina, que tenía como política no permitir el triunfo total de ningún partido, volvió á su sistema de negociaciones. Los protestantes respondieron con arrogancia á las proposiciones que les fueron hechas, y obtuvieron mucho más de lo que podían esperar. Designáronse los puntos en que podrían edificar templos, se les habilitó para todos los empleos, y como garantía para el cumplimiento de esas promesas, se les entregaron cuatro plazas fuertes, la Rochela, la Charité, Montaubán y Cognac. Esas concesiones fueron firmadas en Saint-Germain-en-Laye el 15 de agosto de 1570.

La noche de San Bartolomé (1572). — Ante el edicto de Saint-Germain, el partido protestante manifestó satisfacción que no estaba exenta de desconfianza; así fué que sus principales jefes permanecieron reunidos para esperar la ejecución del convenio á que ya daban el nombre de *paz coja y mal sentada* (*mal assise*), porque los negociadores católicos fueron Biron, que era cojo y Enrique de Mesmes, señor de Malassise. Y la verdad era que esa paz no podía durar. El rey veía con disgusto las pretensiones del almirante de Coligny, jefe de los hugonotes, y consideraba á esa facción enemiga del poder monárquico. No teniendo medios de combatirla abiertamente, recurrió, como todas las almas débiles, á procedimientos bajos y criminales, y resolvió salir de sus apuros con un crimen. Catalina de Médicis, que sólo deseaba perpetuar su poder, creyó también que su interés consistía en ahogar en sangre al bando protestante, por lo cual atrajo á su corte á Enrique de Béarn y al almirante de Coligny, esfor-

zándose en seducirlos con sus lisonjas, y cuando le pareció haberles inspirado completa confianza, hizo firmar al rey la pena de muerte de los dos jefes, así como la orden de exterminar á todos sus partidarios.

Al hacerse una señal convenida, Coligny fué asesinado en su casa, y cómo el reloj de palacio diera inmediatamente las doce de la noche, que era el momento designado, empezó la matanza general de los protestantes (24 de agosto). Los asesinos se lanzaron á las calles, los hugonotes fueron asesinados en sus casas, y cerca de 4.000 fueron víctimas de esa espantosa ejecución. El rey de Navarra y el príncipe de Condé no se salvaron más que fingiendo abjurar.

Debe observarse que ese triste acontecimiento fué puramente político.

Al consejo en que se decidió esa medida sanguinaria no asistieron ni sacerdotes, ni obispos ni cardenales; los que la tomaron no tuvieron más fin que sus intereses particulares, y el clero no figuró en esas horribles represalias más que para protestar contra ellas siguiendo conducta completamente opuesta. Así fué que en Lyon y Tolosa los religiosos abrieron sus conventos á los desdichados proscritos, para darles asilo; en Lisieux, el obispo en persona tomó la defensa de los protestantes que residían en su diócesis. Nimes había visto por dos veces á los católicos asesinados por los protestantes de la región, y sin embargo, no por eso creyeron los primeros tener derecho para usar de represalias. Multitud de católicos de Paris no vieron en los innovadores sino hermanos, que la caridad les ordenaba poner á cubierto de la espada que en ese momento se hallaba suspendida sobre sus cabezas.

Muerte de Carlos IX. — Ese crimen no produjo el efecto que esperaban sus autores. Todas las personas honradas deploraron esas bárbaras violencias y los protestantes se hicieron aún más hostiles al poder real. En todas las ciudades donde los sitiaban las tropas de la corte, los reformados se defendieron con increíble furor. La Rochela, cuyo asedio dirigía el duque de Anjou, resistió veinte y nueve asaltos que costaron la vida á 40.000 hombres, y como en ese

entonces el duque fué elegido rey de Polonia, los dos bandos se apresuraron á firmar la paz (6 de julio de 1573). Carlos IX reconoció al recuperar su calma lo vergonzoso de los atentados á que lo arrastrara la política de su madre. El remordimiento penetró en su alma, y todas las noches tenía horribles pesadillas que turbaban su sueño y lo hacían delirar. Murió á la edad de 24 años (30 de mayo de 1574). Su enfermedad fué tan cruel que se creyó que lo habían envenenado; pero después de su muerte se abrió su cuerpo, y se vió que las sospechas no eran fundadas.

Resumen de este capítulo. — La reforma fué combatida en Francia por los soberanos, pero parte de la nobleza la sostuvo con pasión, aprovechando esas divisiones religiosas para sublevar á la nación contra el rey y retirar así á la monarquía todo su influjo.

I. Las doctrinas de Lutero penetraron en Francia bajo Francisco I. Ese príncipe tomó las más severas medidas para impedirles progresar. Los obispos recibieron orden de establecer una comisión particular en sus diócesis para sofocar el error donde quiera que se manifestase, y todos los libros heréticos fueron condenados. Sin embargo, el mal se extendió. Calvino se puso al frente de los innovadores y no tardó en ser jefe de una nueva secta que contó numerosos partidarios en Francia, Suiza, los Países Bajos y Escocia. Francisco I lo desterró, pero aquel se retiró á Ferrara, y luego fué á establecerse en Ginebra (1536). Los ginebrinos lo expulsaron de su ciudad, mas no tardaron en llamarlo, dejándole ejercer autoridad verdaderamente tiránica (1542-1564). Cuando se trataba de católicos que defendían energicamente sus creencias contra los errores de los sectarios, Calvino hablaba de intolerancia, y ninguna pena le parecía bastante grande contra sus adversarios. Sus escritos y libelos excitaban á los franceses á la rebelión, por lo cual Francisco I dictó un decreto contra los partidarios del hereje. El monarca no se salió por eso de los límites de la moderación y del derecho. El parlamento de Aix fué menos prudente é hizo exterminar á los Valdenses que vivían retirados en las montañas del Delinado y de la Provenza (1545). Enrique II persiguió á los autores de esas matanzas, pero el parlamento de Paris no se atrevió á secundar al monarca. En el Mediodía estallaron movimientos sediciosos. Enrique II dictó su decreto de Chateaubriant contra los sectarios (1551) y el cardenal de Lorena propuso el establecimiento de la Inquisición (1555). Pero todas esas medidas fueron inútiles. Al morir Enrique II se pudo ver que iba á estallar la guerra civil.

II. El reinado de Francisco II fué tan corto (1559-1561) que ese príncipe no tuvo tiempo para ver organizarse los partidos, por una parte los Guisas y los calvinistas por otra. Catalina de Médicis procuró mantener la discordia entre los dos bandos, conforme á su máxima: *dividir para reinar*. La conjuración de

Amboise (1560) hizo presentir entonces los peligros que amenazaban al trono y á la nación. Sin embargo, la tempestad no estalló hasta el reinado de Carlos IX, con motivo de la mantanza de Vassy (1562). La guerra civil desoló el reino en tres ocasiones distintas: en la primera fueron derrotados los hugonotes por el duque de Guisa ante las murallas de Dreux (19 de diciembre de 1562), y Catalina les concedió la pacificación de Amboise (12 de marzo de 1563); la segunda fué célebre por la batalla de Saint Denis (10 de noviembre de 1567), y terminó con la toma de Longjumeau (29 de marzo de 1568); por fin, en la tercera el duque de Anjou se distinguió alcanzando las victorias de Jarnac (13 de marzo de 1569), y de Montcontour (3 de octubre), y la paz se firmó al año siguiente en Saint-Germain-en-Laye (15 de noviembre de 1570). Todas esas guerras terminaron por la matanza de la noche de San Bartolomé, que fué un hecho puramente político, del cual es la única responsable Catalina de Médicis, que había querido librarse primero del almirante de Coligny, y que, teniendo noticia del fracaso del complot, se decidió de pronto á aquella horrible acción. Carlos IX, que tuvo la debilidad de sancionarla, murió de remordimiento (1574).

CAPÍTULO XXXII.

LOS ESTADOS GENERALES. ENRIQUE III Y LA LIGA. (1574-1587).

El reinado de Enrique III fué uno de los más deplorables de la monarquía; su debilidad dejó que las disensiones de que Francia era presa se envenenasen cada vez más, hasta el punto de que la nación entera se halló desde luego separada en dos bandos hostiles, los hugonotes y los católicos. Viéndose amenazados estos últimos en sus creencias por la inercia del rey, se unieron, según la expresión de los antiguos, *pro aris et focis*, y su liga tuvo por objeto al mismo tiempo la religión y la patria. Pero al lado de esos nobles sentimientos, se observan en aquellos desdichados tiempos multitud de pasiones estrechas y mezquinas que excitan profunda piedad. Hubo hombres bastante desdichados para buscar en esos tristes debates la satisfacción de sus intereses personales. Así, el hermano del rey, el duque de Anjou, se puso al frente de los descontentos y reunió á su alrededor una oposición que era más bien política que religiosa. Después de la muerte de ese príncipe, las debilidades y vacilaciones de Enrique III crean un partido diferente del de los calvinistas y del de los ligeros, de modo que el reino se halla separado en tres grandes fracciones: los reformados, que aspiran al triunfo de las nuevas doctrinas, los partidarios de la liga que sostienen la antigua fe de sus mayores, y los realistas, que siguen fieles á la monarquía, á pesar de las faltas y debilidades cometidas por ella.

§ I. — Desde el advenimiento de Enrique III hasta la muerte del duque de Anjou (1574-1584).

Carácter de Enrique III. — Cuando murió Carlos IX, Enrique III reinaba en Polonia, á donde lo llamaban después de sus victorias de Jarnac y de Moncontour. Así que tuvo noticias del fallecimiento de su hermano, se evadió de Cracovia como un fugitivo, apresurándose á presentarse en Francia para recoger su corona. En los primeros años de su vida mostró ese príncipe energía y valor grandes; pero una vez que se halló en el trono, se dejó enervar por los placeres, y se prestó ciegamente á todos los designios de su madre, Catalina de Médicis. Su debilidad y el rebajamiento de su carácter multiplicaron á su alrededor los desórdenes, y se vió al duque de Alencón, propio hermano del rey, ponerse al frente de los facciosos que habian tomado el nombre de *malcontentos*. Para dar mayor importancia á su partido, no vaciló en unirse con los protestantes reconociéndoles, en los tratados que firmó con ellos, principios republicanos que tendían á la anulación de la monarquía. El duque de Guisa, fiel á los sentimientos religiosos y patrióticos que su familia había defendido siempre con abnegación, tomó las armas contra aquellas dos facciones, y obtuvo sobre ellas una victoria en Château-Thierry, donde fué herido, lo que hizo que lo llamasen el *Acuchillado* (octubre de 1575).

Paz de Monsieur (1576). — Pero en vez de sacar partido de esa victoria, Catalina de Médicis se apresuró á recurrir á las negociaciones, y á pactar una tregua (20 de noviembre de 1575). El duque de Alencón estipuló las condiciones de ese convenio en nombre de los sediciosos. El rey se comprometía á entregar seis ciudades de garantía al partido de los descontentos y de los hugonotes, y á pagar lo que se debía á los alemanes que el príncipe de Condé llamara á su servicio.

Después de eso se presentó de nuevo la reina á la corte, donde manifestó, á pesar de lo humillante de aquella tregua, la misma alegría que si hubiese obtenido una victoria. El rey agotaba el tesoro en derro-

ches é innobles bacanales, y daba margen á las burlas insultantes de los hugonotes por la mezcla de devoción y escándalo en que consistía su conducta. Así fué que no tardaron en renovarse las hostilidades.

El rey de Navarra, que hasta ese momento había sido afecto al partido de Enrique III, lo abandonó, y fué á reunirse con los sediciosos en Saumur, declarando que la profesión de catolicismo que le arrancaran en la noche fatal de San Bartolomé fué sólo producto de la violencia. Al mismo tiempo, el príncipe de Condé, que no había aceptado la tregua, reapareció en Borgoña con sus alemanes. El duque de Alençon fué á unirse con los invasores, que le dieron el mando en jefe. Pero ese príncipe carecía de la fuerza y del genio del soldado, y prefería las negociaciones á las batallas.

Catalina de Médicis aprovechó de nuevo esa disposición, y firmó con él en Chastenoy, cerca de Château-Landón, la quinta paz de religión, que fué llamada *paz de Monsieur* (6 de mayo de 1576) porque ya entonces se empezaba á dar ese calificativo al hermano segundo del rey. Concedióse libertad indefinida de conciencia á los hugonotes, anuláronse los edictos anteriores que les eran desfavorables, y se les colmó de riquezas y honores. Además, los facciosos recibieron en garantía ocho plazas: la Rochela, Montauban, Cognac, Saint-Jean d'Angély, Niort, Saumur, la Charité y Mezières. El duque de Alençon tomó el título de duque de Anjou, y añadió á su patrimonio el Anjou, la Turena y el Berry; el rey de Navarra recibió el gobierno de la Guyenna, Condé el de la Picardía, y todos los príncipes fueron considerados buenos y fieles vasallos, parientes y amigos.

Formación de la Liga (1576). — La *paz de Monsieur* era para la monarquía la confesión de humillante derrota. En adelante, la religión católica dejaba de ser la del Estado; la unidad de cultos, por la cual se habían reñido tantos combates, quedaba sacrificada, y por tierra los principios fundamentales de la realenza. Asustados los católicos por esas concesiones arrancadas á la falta de ánimo de su rey, empezaron á temer por

su fe y por el honor de la nación. Los hugonotes habían formado asociaciones en todas las provincias; los católicos los imitaron para ver el medio de salvar sus creencias. Por todas las ciudades circularon fórmulas de protesta, mas en general se adoptó la que fué redactada en Peronne.

Según la paz de *Monsieur*, el gobierno de Picardía debió pertenecer al príncipe de Condé; pero Humières, que mandaba en Péronne, se negó á entregar esta plaza al nuevo gobernador, y organizó, para resistir á los hugonotes, una liga que todos los católicos de Francia tomaron como modelo. Cuantos firmaron esa protesta, se comprometían, en nombre de la Santísima Trinidad, á emplear sus personas y bienes en defensa de la fe, contra los enemigos de dentro y de fuera del reino.

El duque de Guisa fué el jefe que los ligueros parcieron querer darse, y hasta se decía en el pueblo que esa gloriosa casa de Lorena descendía de Carlomagno, y que probablemente la Providencia la destinaba á recoger el cetro con tanta debilidad sostenido por los Valois. De ese modo se mezclaba la ambición con el sentimiento religioso que originara la Liga, y desde el principio tuvo en ésta quizás más influencia la política que la fe.

Primeros estados de Blois (6 de diciembre de 1576). — Enrique III se manifestó por de pronto muy inquieto ante ese movimiento popular, pero la astuta política de Catalina lo tranquilizó, aconsejándole que se declarara jefe de los ligueros y anulara todas las concesiones hechas á los protestantes por la paz de *Monsieur*. Y así lo hizo en efecto ante los estados de Blois, aprobando la Liga, y tomando su dirección (12 de diciembre). Como los diputados le pidiesen después la revocación de los edictos de pacificación, consintió en ello sin dificultad (1.º de enero de 1577). Pero cuando á su vez expuso que ese acto era una declaración de guerra y que para sostenerla necesitaba dinero, ya no encontró en la asamblea la misma unanimidad. El clero ofreció costear seis mil doscientos hombres y la nobleza se comprometió á servir en persona; pero el estado llano negó su concurso. « Esa

es enorme crueldad, dijo el rey al saberlo; no quieren ayudarme con lo suyo, ni permitir que me sirva de lo mío. » Los estados se disolvieron el 1.º de marzo, sin dejar más que estériles peticiones.

Guerra mal hecha y paz mal observada con los hugonotes. — El rey no había observado la paz que hiciera con los protestantes, y tampoco supo hacerles la guerra. El duque de Anjou y los demás príncipes entraron con él en la Liga, pero cuando hubo que ejecutar los compromisos contraídos, ninguno desplegó la energía ni la actividad necesarias. El duque de Anjou, que tomó el mando del ejército del Loira, se contentó con apoderarse de la Charité y de Issoire. El de Mayenne, á quien Enrique III había confiado el mando del Poitou, prefiriéndolo á su hermano el duque de Guisa, se distinguió con algunos hechos de armas en la Saintonge.

El rey de Navarra y el príncipe de Condé no se hallaban entonces en estado de resistir á sus adversarios. Pero en vez de aprovechar tales circunstancias, Enrique III cambió de pronto todos sus planes, y quiso la paz sin que se comprenda el por qué de ese capricho. En consecuencia, publicó un edicto de pacificación (17 de septiembre de 1577) en el cual concedía á los protestantes la libertad de conciencia, jueces en los ocho parlamentos, nueve plazas de garantía y tropas, pronunciando además la abolición de toda unión ó federación, lo cual era dar un golpe indirecto á la Liga. El rey llamaba á esa paz *mi edicto* en oposición á la de su hermano (*Monsieur*).

Muerte del duque de Anjou (1584). — No por eso dejó de seguir reinando en todo el reino la anarquía. Los hugonotes celebraban sus asambleas, procurando en vano constituirse en república. Catalina de Médicis recorría el territorio, agotando sus fuerzas en estériles negociaciones. Enrique III, insensible á todos esos desórdenes se sumía en la disolución y las infamias. Su alma no se abría al dolor más que para llorar la muerte de sus *mignons* (1). Viósele recogiendo después que ellos morían sus cabellos y los pendientes

(1) Favoritos.

que llevaban en las orejas, conservándolos con la misma devoción que los objetos más preciosos. Semejante rey no podía ser más que motivo de vergüenza para sus defensores, y de escarnio para sus enemigos. Los ligeros dejaban oír quejas, y sus motivos de descontento iban aumentando, cuando la muerte del duque de Anjou, que ocurrió por entonces, cambió totalmente la faz de los asuntos públicos. Ese príncipe había sido llamado á los Países Bajos para sostener en ellos la lucha contra Felipe II. Proclamáronlo en efecto duque de Brabante y conde de Flandes (19 de febrero de 1582); pero no teniendo á su disposición el dinero ni las tropas necesarias, se vió obligado á evacuar el país y á retirarse á Francia, donde murió poco después en Château-Thierry, cuando contaba apenas treinta años (10 de junio de 1584).

§ II. — *Desde la muerte del duque de Anjou hasta la de Enrique III (1584-1589).*

Enrique de Navarra. — La muerte del duque de Anjou era un acontecimiento cuyas consecuencias fueron inmensas. Como ese era el heredero presunto de la corona y como Enrique III no tenía hijos, el trono correspondía naturalmente al rey de Navarra, Enrique de Borbón. Pero éste era hereje, y los católicos juraron que no lo reconocerían jamás. Á los ojos del pueblo, la Liga conservaba ante todo carácter religioso, y no se la consideraba más que como baluarte de la fe. Pero los príncipes y los grandes veían en ella más bien una empresa política. Los duques de Guisa se unieron con el rey de España, y resolvieron que si Enrique III moría sin descendencia, su sucesor sería el cardenal de Borbón. Éste tomó en serio su título de heredero presunto de la corona, y en una asamblea pública celebrada en Péronne habló de los medios de remediar la miseria del pueblo. Toda la nación lo acogió con entusiasmo, y se pidió al papa una bula que sancionara lo hecho y que declarase á Enrique de Borbón incapacitado para reinar por causa de herejía. El papa concedió lo que le pidieron, y con arreglo á su acuerdo, la Liga se convirtió para

el pueblo en una especie de cruzada católica. Enrique III no sabía qué partido tomar. Al principio pareció inclinarse hacia el rey de Navarra, por temor á la ambición de los Guisas y á la efervescencia de los ligueros. Pero como esa protección aparente hacia los reformados excitó entre los católicos violentas reclamaciones, se decidió de repente por la Liga y la declaró *patriótica y santa*, siguiendo los consejos de su madre (1585). Si ese príncipe hubiese tenido firmeza de carácter y capacidad para dominar la situación, habría puesto término á la anarquía. Pero uniéndose con los ligueros, se dejó eclipsar enteramente por los hombres de mérito que éstos tenían á su frente. Todos hablaban de la cobardía, debilidad y degradación del monarca, comparando esos defectos con la actividad, prestigio y talento del duque de Guisa. Los acontecimientos se encargaron una vez más de poner de manifiesto ese injurioso contraste.

Guerra de los tres Enríques (1586-1587). — Habiendo sido declarada la guerra á los hugonotes, Enrique III entregó el mando de los ejércitos reales al duque de Joyeuse y al de Epernon, sus favoritos. Joyeuse marchó contra Enrique de Navarra y lo encontró cerca de Coutras (1587). Antes de la batalla, el Navarro dijo á los príncipes de Condé y de Soissons, á quienes enviaba á sus puestos: « Acordaos de que sois de la raza de Borbón y ¡ vive Dios! ya os probaré que soy el mayor de la familia. » La victoria protestante fué completa: los católicos quedaron aniquilados.

Creyóse que ese revés haría salir de su inacción á Enrique III, recordándole sus victorias de Jarnac y de Montcontour, y que al menos marcharía contra los alemanes que invadían el reino para socorrer á los calvinistas; pero nada pudo arrancarlo á sus infames placeres. Entreteníase en coleccionar perritos, monos y papagayos, mientras la planta del extranjero hollaba el suelo de su reino. Enrique de Guisa tomó la espada y fué á recoger nuevos laureles oponiéndose al torrente de raitres, y lansquenets que invadían la Francia, y en efecto, obtuvo sobre ellos dos brillantes victorias en Vimóri y Auneau (1587), obligando á los

que sobrevivieron á esa doble derrota á pasar la frontera para volverse á su país. Esos triunfos eran puros, puestos que los había inspirado el sentimiento nacional, y en aquellos turbados tiempos, cuando en todos los campos de batalla corría la sangre de los franceses luchando unos contra otros, era glorioso combatir por la independencia de su nación contra la intervención extranjera. Así fué que el duque de Guisa entró en París con los honores del triunfo. En la exaltación de su entusiasmo, el pueblo exclamaba: *Saul ha muerto mil y David ha matado diez mil*. Ese era un reproche dirigido á la indolencia del monarca.

Las Barricadas (1588). — Los ligueros no se contentaron con humillar al rey, sino que también se formó en su seno una facción terrible para desiro-narlo. Llamábase la facción de los *Diez y seis*, porque dominaba sobre los diez y seis barrios de París, y hacía ya dos años que iba aumentando su furor. En los pulpitos resonaban discursos sediciosos; los libros de los doctores contenían doctrinas de rebelión, y los Diez y seis proclamaban que cuando el rey se mostraba infiel á la Iglesia, había que abandonarlo. El duque de Guisa acudió á París llamado por esos facciosos; la multitud lo acogió con aclamaciones, y aquel personaje fué á presentarse al rey, quien lo recibió con frases llenas de temor y de indignación. Entonces el pueblo se amotinó. París entero se cubrió de barricadas, hizo-se imposible el tránsito en las calles, fortificáronse las casas, y los soldados del rey, cercados por todas partes, sólo se salvaban gritando *¡Católicos!* y enseñando su rosario. El mismo Enrique III tuvo que huir á Chartres, y Guisa, solo en París, pudo creerse investido del poder, como si la corona hubiese caído de la cabeza del monarca.

Estados de Blois. Asesinato de los Guisas (1588). — Las negociaciones empezaron entonces entre el duque y Enrique III. Aquél, que era dueño de París, y que estaba apoyado por la Liga y por Felipe II, dictó á su soberano las condiciones de la paz, como un vencedor. Enrique aprobó todo cuanto Guisa había hecho, le otorgó el título de generalísimo de sus ejércitos, y convocó en Blois los estados. Esa

asamblea, dirigida por el duque, pareció haberse propuesto destruir la autoridad del rey. Entonces el desdichado príncipe, completamente perdido, resolvió librarse de sus señores por medio de cobarde asesinato.

Varias veces recibió el duque de Guisa noticias de los complots que se tramaban contra él; pero nunca quiso creerlo. Cierta día, al sentarse á la mesa halló debajo de su servilleta una carta que era también una advertencia. *No se atreverían*, dijo tirándola, y manifestó su tranquilidad acostumbrada. En la mañana del 23 de diciembre, al encaminarse al consejo del rey, vió que se le acercaba Larchant, capitán de guardias, que le había entregado la vispera un *placet* para obtener el pago de sus tropas; pero apenas se separó de él para entrar en el gabinete de Enrique III, se vió asaltado por diez asesinos que allí tenían emboscados. Sólo pudo pronunciar estas palabras: *¡Dios mío, tened piedad de mí!* Enrique III corrió á ver el cadáver, exclamando en la alegría de su triunfo: « Ahora soy el señor, y ya no tengo compañero. » Su deseo hubiera sido destruir á toda la familia de los Guisas. El duque de Mayenne escapó, pero el cardenal fué preso y entregado á los asesinos. Catalina de Médicis no sobrevivió más que doce días á todos esos crímenes. En su lecho de muerte dió á su hijo consejos de tolerancia, débil compensación por cierto á una vida llena de matanzas y de infamias.

Sitio de París. Asesinato de Enrique III (1589).

— Los cuerpos de los dos Guisas fueron quemados y aventadas sus cenizas. Privada de sus jefes, la Liga respondió á esas provocaciones nombrando al duque de Mayenne, hermano de los muertos, lugarteniente general del reino, y declarando á Enrique III privado de su derecho al trono, por asesino y perjurio. París estaba entonces lleno de turbulencia y confusión. Los doctores de la Sorbona se habían reunido y declarado que en adelante nadie debía sumisión ni respeto á Enrique III. Los Diez y seis redujeron á prisión á cuantos creían afectos á los Valois; las iglesias estaban tendidas de negro en señal de duelo por la muerte de los príncipes de Lorena; y en los púlpitos se pronunciaba

su elogio fúnebre, que arrancaba lágrimas al pueblo. Los predicadores declamaban contra Enrique III, llamándolo *nuevo Herodes*, y á menudo esos discursos eran excitaciones al regicidio. El público aplaudía y se le vió lanzarse al Louvre, volviendo de allí con el retrato del rey para quemarlo en la plaza pública.

Abandonado por todo el mundo y privado de los consejos de su madre, Enrique III volvió la vista hacia el rey de Navarra y justificó, si no los excesos, al menos las aprensiones de los católicos al unirse con los hugonotes. Mientras sus ejércitos reunidos marchaban sobre París, el infortunado monarca supo que sus crímenes pasados y su conducta presente habían hecho que el sumo Pontífice lo excomulgara. Su fe le hizo vacilar un instante en sus designios, pero el rey de Navarra lo tranquilizó diciéndole: « Venzamos primero, y luego nos haremos absolver. » Y así se presentaron juntos á sitiar la capital del reino.

Entonces un pobre fraile, llamado Santiago Clément, que había oído repetir constantemente que se debe dar muerte al tirano, se preparó á cometer tan horrible acción, como si se hubiere tratado de una empresa patriótica y santa. Pasó ocho días en oración y penitencia, dijo una mañana adiós á sus hermanos y se fué á Saint-Cloud á solicitar una audiencia de Enrique III, con el pretexto de tener que enseñarle papeles muy importantes. Apenas se vió en su presencia, sacó un cuchillo que llevaba debajo de su vestidura, y lo hirió mortalmente. Los satélites del príncipe acbillaron á cuchilladas al asesino, pero Clément murió satisfecho, persuadido de que se había sacrificado por su patria y su religión. Los Diez y seis alabaron su valor y no se avergonzaron de glorificar su muerte como un martirio. *¡Felices*, exclamaba el pueblo, *felices entrañas las que te dieron abrigo, y dichosos los pechos que te amamantarón!* El entusiasmo llegó, como se ve, hasta la blasfemia.

Resumen de este capítulo. — Al perder de vista los sentimientos de fe que en otra época animaran á los fundadores de la monarquía, los hijos de Enrique II olvidan las ideas de honor y la sublimidad de abnegación que hemos admirado en los antiguos reyes.

I. Enrique III se había distinguido por su valor antes de subir al trono de Polonia, y era lícito esperar que haría un gran rey. Pero cuando llegó al poder, sus cualidades se eclipsaron en el crimen y la disolución, y después de haber sido estimado y querido, acabó por hacerse odioso y despreciable. A su lado tenía á los Guisas, cuyo valor y talento podían hacer triunfar la causa católica, si el rey se hubiera mostrado enérgico defensor de ella. Lejos de eso, dejó que el duque de Alençon, su hermano, formara ante sus mismos ojos un partido político, y luego hizo á los reformados tan grandes concesiones, que, alarmados los católicos, se creyeron obligados á formar una liga para la defensa de su fe, que creían en peligro (1576). El temor, ya que no el corazón ni la inteligencia, le hacen ver que el puesto de la monarquía es al frente de aquella liga, porque el interés del trono y de la nación exige que el rey tome en manos la causa de la religión de San Luis. Pero apenas ha tomado esa resolución que parece deber conjurar todos los peligros, cuando su indecisión lo sume en nuevas dificultades. No sabe conservar la paz, ni hacer la guerra, y los ligueros comprenden que no pueden contar con él. El duque de Alençon, ya por entonces duque de Anjou, no se muestra más fiel que el soberano á las antiguas creencias. Al contrario, cuando cree que sus intereses políticos se lo aconsejan así, se pone de parte de los reformados, y termina tristemente su carrera á la edad de treinta años sin dejar nada digno de memoria (1584).

II. Enrique de Navarra era el heredero presunto del trono. El partido de los ligueros se hace aún más ardiente ante el peligro que corre Francia de tener un rey hereje. Enrique III deja correr las cosas, en vez de aspirar á dirigir las. El poder de los duques de Guisa le asusta, y no retrocede ante el asesinato para librarse de los que considera sus rivales (1588). Ese crimen lo aleja de los ligueros, y lo echa en brazos de los reformados. Su ejército se une con el de Enrique de Navarra, y se ve obligado á sitiar su propia capital. La sangre pide sangre, y el crimen provoca el crimen: Enrique III cae á su vez herido de una puñalada (1589). Nada más triste que esa terrible expiación. La última rama de los Valois se extingue de ese modo en medio de la guerra civil. Habiéndose separado esos príncipes de las antiguas tradiciones monárquicas, al negarse á defender abiertamente los intereses de la fe, todos mueren en la flor de la edad y no legan á sus descendientes más que un trono azotado por el huracán. Esa es la gran lección que la Providencia nos permite sacar del estudio de tan desdichados tiempo

CAPÍTULO XXXIII.

ENRIQUE IV Y SULLY. EDICTO DE NANTES. ADMINISTRACIÓN Y POLÍTICA (1).

Al morir Enrique III, Francia se encontraba en situación muy difícil. La reforma había dividido los espíritus, y la cuestión religiosa se hallaba complicada por todos los excesos de las pasiones políticas. Felizmente, la abjuración de Enrique IV puso término á esas dificultades cuya solución parecía imposible, y una vez que el país lo reconoció, librólo de extranjeros, expulsando de su seno á los españoles. Enrique, ayudado por Sully, cerró en poco tiempo las heridas hechas al Estado y difundió por todo su reino la prosperidad y la abundancia. La deuda pública fué cubierta gracias á sus reformas, la agricultura recibió impulso, la industria se desarrolló, inaugurándose nueva era para Francia. La política exterior de Enrique IV colocó al mismo tiempo á su nación á la cabeza de Europa. Eligiéronlo como mediador entre todas las potencias, y ya se disponía á realizar los vastos y elevados planes que había concebido, cuando la muerte llegó á ser prenderlo en los comienzos mismos de su empresa.

1. — *Desde la muerte de Enrique III hasta la abjuración de Enrique IV. Fin de las guerras de religión (1589-1593).*

Estado de Francia al morir Enrique III. Batalla de Arques (1589). — Francia estaba dividida entonces en dos campos perfectamente distintos, los hugonotes y los católicos. Su cuna daba al rey de Navarra derechos incontestables á la corona; pero el pueblo tenía demasiada fe para obedecer á un rey hugonote; Mayenne reanimó la Liga con varios manifiestos políticos, en los cuales repetía constantemente que lo salvación de la Iglesia católica en Francia dependía del mantenimiento de aquella poderosa asociación, y señalaba al cardenal de Borbón como el rey que el pueblo católico debía oponer al Bearnés. Durante ese tiempo, Enrique IV, abandonado por la mayor parte de sus tropas, se veía obligado á levantar el sitio de

(1) ACTORES QUE CONSULTAR: *Cartas misivas de Enrique IV*, el *Diario* de l'Estoile, las *Economías reales* de Sully y las *Memorias* de la época, las *Historias* de d'Aubigné, de de Thou, de La Popelinière y de Péréfixe; Anquetil, *Espíritu de la Liga*; Capefigue, *De la Reforma y de la Liga*; Poirson, *Historia de Enrique IV*.

París, retirándose á Compiègne. El duque de Mayenne se lanzó en su persecución, anunciando con insostenible jactancia que lo « traería atado de pies y manos. » Alcanzólo en efecto cerca de Arques (21 de septiembre) pero fué vencido, á pesar de tener fuerzas diez veces superiores á las de su rival.

Batalla de Ivry (1590). — Ese triunfo devolvió el



Enrique IV.

valor y la esperanza á Enrique IV que, después de haber mostrado sus armas victoriosas á las puertas de París, se retiró á Tours, donde estableció su parlamento, y en cuyo punto recibió al embajador de Venecia, que se presentaba á reconocerlo como rey. Esa era la primera nación católica que le tributaba tal homenaje, que acogió con grandeza, esforzándose en justificarlo con nuevos hechos de armas. Pero no por eso parecía menos terrible la Liga. Mayenne había

hecho proclamar rey al cardenal de Borbón, con el nombre de Carlos X, y se había reservado la lugartenencia general del reino. Después de ese golpe de Estado, volvió á entrar en campaña con la esperanza de reparar el descalabro que sufriera el año precedente en la batalla de Arques. Su encuentro con el Bearnés se efectuó esta vez en las llanuras de Ivry (14 de marzo). Antes del combate, Enrique IV dijo á sus soldados: « Compañeros, si perdéis vuestras cornetas, insignias ó pendones, seguid á mi penacho blanco, pues siempre lo hallaréis en el camino del honor y de la gloria; Dios nos protege! » Los ligeros fueron vencidos, dejando más de cuatro mil hombres en el campo de batalla.

Sitio de París (1590). — Esa victoria aumentó mucho el ejército de Enrique IV, quien se presentó entonces á bloquear á París (8 de mayo). Cuando se le vió dueño de todas las comunicaciones, cada ciudadano se convirtió en soldado; los Diez y seis mostraron de nuevo sus furros entusiastas, los monjes vistieron la coraza; en una palabra, todo el pueblo juró que moriría antes que obedecer á un rey hereje. La fe despertaba en todas partes el valor, y si bien es justo condenar los excesos en que la ambición de los facciosos precipitó con frecuencia á esas generosas poblaciones, no es posible negar á la elevación de sus ideas y sentimientos el homenaje que merecen. El mismo Enrique IV se conmovió ante el espectáculo que presentaba el pueblo heroico sacrificando su vida por la religión. En ocasiones dejó entrar víveres en París, diciendo: « No quiero reinar sobre cadáveres » Y también: « Me parezco á la verdadera madre del cuento de Salomón: preferiría no llegar á poseer París antes que lograrlo hecho pedazos. » La miseria era espantosa; las calles se llenaban de cadáveres que ni siquiera eran enterrados; perros, caballos, gatos, y aun los animales inmundos servían para la alimentación; la hierba que crecía en las paredes era arrancada para comerla y hasta se trató de hacer pan con huesos machacados que fueron recogidos en el cementerio de los Santos Inocentes (16 de agosto).

Refiérese que una mujer se comió á su propio hijo.

Esas escenas horribles eran conocidas, y sin embargo nadie pensaba en rendirse. Al fin Alejandro Farnesio apareció, y puso término á tantos males obligando á Enrique IV á levantar el sitio (18 de septiembre).

Abjuración de Enrique IV (1593). — Esa intervención de las tropas españolas anunciaba que la Liga había dejado de ser, á lo menos en parte, patriótica y santa, según desde el principio se declarara. El rey de España Felipe II quería aprovechar las desgracias de Francia para apoderarse de la corona. Ese príncipe se había constituido en toda Europa en defensor intrépido de la causa católica, y con tal título mereció la confianza del sumo Pontífice. Entre los ligueros, los Diez y seis se habían declarado abiertamente en su favor. La muerte del cardenal de Borbón, que ocurrió por entonces, aumentó sus esperanzas, y despertó al mismo tiempo los apetitos de varios ambiciosos. El duque de Guisa y el de Mayenne eran opuestos á los partidarios del rey de España, porque pensaban ante todo en los intereses de su familia. El duque de Saboya recordaba que su madre había sido una infanta de Francia, y se creía con derecho para intrigar. El de Nemours solicitaba para sí la mano de la infanta de España y prometía á Felipe su apoyo bajo esa condición. Por fin, en todas partes surgían ambiciones personales, y la idea religiosa era invocada solamente como pretexto por esas rivalidades mezquinas.

Entonces los católicos moderados celebraron en Suresnes una conferencia con Enrique IV (29 de abril 1593). Después de haber discutido con prelados y doctores los puntos principales en que los protestantes se hallaban en desacuerdo con los católicos, el rey se declaró satisfecho y consintió en la abjuración de todos los errores que había profesado hasta entonces.

El 23 de julio siguiente aceptó la fórmula de fe que le presentaron los obispos, y se anunció para el 25 la ceremonia de su abjuración. Todo París se puso en movimiento, y á pesar de las amenazas de los ligueros, el pueblo en masa se encaminó hacia la iglesia del pueblo de Saint-Denis, donde debía operarse la mencionada solemnidad. El acto se realizó con pompa inusitada. « El rey, vestido con un justillo y calzas de

raso blanco, y un ferreruelo y sombrero negro, acompañado por multitud de príncipes, grandes señores, dignatarios de la corona y otros muchos gentiles hombres, precedido por los suizos de la guardia y los guardias de corps escoceses y franceses y por doce trompetas, fué á la iglesia de Saint-Denis, cuyas paredes estaban tapizadas y cubiertas de flores, en medio de los gritos mil veces repetidos de *viva el rey!*

» Cuando Enrique llegó al pórtico de la iglesia, el arzobispo de Bourges le preguntó : ¿Quién sois? — Soy el rey. — ¿Qué deseáis? — Deseo ser recibido en el seno de la Iglesia católica, apostólica y romana. — ¿Lo deseáis sinceramente? — Sí, lo quiero y lo deseo. » Arrodillóse entonces, leyó la profesión de fe redactada por los obispos, anatematizó todas las herejías contrarias, y adelantándose hasta el pie del altar, juró sobre los Evangelios vivir y morir fiel á la Iglesia católica, y protegerla y defenderla á costa de su sangre y de su vida.

Ante tal espectáculo, los concurrentes prorrumpieron en llanto. El entusiasmo realista se despertó en las almas; la fe había triunfado; la antigua monarquía se alzaba con todos sus derechos, y la Liga carecía en adelante de objeto.

II. — *Desde la abjuración de Enrique IV hasta su muerte. Sully. Administración de Enrique IV. Sus proyectos (1593-1610).*

Entrada de Enrique IV en París (1594). — Los ligueros se esforzaron por de pronto en hacer dudar de la sinceridad del acto que acabamos de relatar, y hubo un momento de general desconfianza. Mayenne vacilaba, sin saber qué partido tomar, y continuaba sus negociaciones con Felipe II; pero el pueblo veía con disgusto esas intrigas con el extranjero. Habiéndose hecho coronar en Chartres Enrique IV (22 de febrero), esa nueva manifestación de fidelidad al catolicismo, acabó por disipar la incertidumbre. Así fué que cada día ocurrían defecciones que alarmaban á la Liga y alegraban al rey. Pronto fué considerable en el seno mismo de París el número de partidarios de Enrique, y

Brissac le abrió las puertas de la capital el 22 de marzo de 1594. Admirado por la clemencia del Bearnés, el pueblo lo recibió con increíbles transportes. Al oírle gritar : « ¡ Viva el rey ! ¡ viva la paz ! ¡ viva la libertad ! » Enrique IV decía : « Ahora veo que este pobre pueblo ha sido tiranizado. » Y como sus guardias quisieran abrirle paso por entre la multitud que estorbaba su marcha, el príncipe exclamó : « Dejadlos mirarme cuanto quieran, pues tienen hambre y sed de ver un rey. » Al día siguiente se publicó una amnistía general, dándose á los españoles la orden de salir de París. Viéndolos desfilar, desde lo alto de la puerta de Saint-Denis, Enrique IV les gritaba alegremente : « Recomendadme á vuestro señor, pero no volváis á París. » Francia iba al fin á ser dueña de sus propios destinos.

Enrique otorgó á todas las ciudades del reino los mismos beneficios y libertades que á París, y las poblaciones fueron reconociéndolo sucesivamente. En Roma, donde al principio se había vacilado, por no saber cómo interpretar la inesperada conversión del rey, Clemente VIII acabó por declararse en su favor, enviando á Enrique una fórmula de fe y exponiendo las condiciones que el rey de Francia debía aceptar para ser admitido en la Iglesia romana. Enrique IV consintió en todo, y entonces el cañón del castillo de Sant Angelo y las campanas de todas las iglesias de Roma anunciaron al universo la alegría que esa noticia causaba al mundo católico.

Ruina de la Liga (1595-1598). — « De allí en adelante, dice un cronista, Mayenne no pudo volar más que con un ala, lo mismo que la Liga, la cual se parecía en realidad á una corneja desplumada. » Enrique IV venció todas las resistencias que aun quedaban, ya negociando, ya combatiendo. Normandía, Champaña y Borgoña se sometieron. El mismo Mayenna declaró que, no habiendo tomado las armas más que para defender al catolicismo, las deponía, toda vez que la Iglesia absolvía al rey. Ese manifiesto puso fin á la Liga (1596). Ya no quedaban por satisfacer más que las ambiciones particulares que agitaban las provincias. Compróse la fidelidad de todas las ciudades, y la rebelión fué sofocada en Bretaña, su último baluarte.

Durante ese tiempo, el pueblo sufría grandes males. El hambre desolaba al reino, y la corte se entretenía en fiestas y regocijos. El rey se entregaba á los placeres, y hasta se atrevió á dar pompa y magnificencia á sus escándalos. Ya la nación empezaba á quejarse, y se lanzaban sátiras mordaces con el que fuera acogido con tal entusiasmo. Cometiéronse varios atentados contra su vida, y esos horribles complots no lo arrancaron á sus culpables excesos. Mas de pronto le anunciaron que los españoles se habían hecho dueños de Amiens por sorpresa, invadiendo la Picardía. Al saber esa noticia exclamó : « Basta de hacer de rey de Francia ; ya es tiempo de hacer de rey de Navarra, » y se preparó á entrar en campaña.

Paz de Vervins. Fin de la preponderancia de España (1598). — Los triunfos de Enrique IV fueron rápidos. Venció en efecto á los españoles en Fontaine-Francaise, en Borgoña (5 de junio de 1595), recuperó la ciudad de Amiens (1597) y sometió toda la Picardía. Después de esos brillantes hechos, dieron principio las negociaciones en favor de la paz y al fin se firmó ésta en Vervins (2 de mayo de 1598). Francia recuperó las posesiones que le habían sido arrancadas por la paz de Cateau-Cambresis antes de las guerras civiles. Calais, Ardres, Doullens, la Capelle y otras muchas plazas ocupadas por los españoles, fueron restituidas á Enrique IV. Por su parte, Felipe II recobró el condado de Charolais, y estipuló la integridad de sus derechos sobre la Borgoña y la Bretaña, aunque concediendo al rey de Francia el mismo privilegio respecto de Navarra. Ese pacto anulaba todas las pretensiones de la casa de Austria á la dominación universal y constituía á la vez el principio de su decadencia. En París hubo con tal motivo gran regocijo, y se dieron espléndidos festejos en que Enrique IV hizo ostentación de pompa y amabilidad.

Edicto de Nantes (1598). — Un mes antes de esos acontecimientos, Enrique IV calmó y satisfizo á su vez á los protestantes, con la promulgación del *edicto de Nantes* (abril de 1598), por el cual les concedía no sólo la libertad de su culto y el derecho de admisión á todos los empleos civiles y militares, sino también la facultad de celebrar asambleas generales, imponerse

contribuciones destinadas al sostenimiento de su culto y de conservar plazas de garantía. Eso era crear un Estado en el Estado y dejar subsistir frente al trono una especie de república. Nadie comprendió claramente el peligro que envolvían esas inmensas concesiones; pero sí se lamentó la pérdida de la unidad religiosa que hasta entonces había sido uno de los fundamentos de la sociedad. Habiendo reclamado el parlamento, negándose á visar el edicto, Enrique IV se presentó ante aquella asamblea, para exponer en persona los motivos de su conducta. Su discurso fué sencillo pero conmovedor. Habló de las desdichas de la guerra civil, insistió en la necesidad de la unión entre católicos y hugonotes, y terminó con estas palabras: « Os ruego que no se hable más de este asunto, y que sea hoy la última vez. Hacedlo así; os lo ordeno y ruego al mismo tiempo. » El parlamento obedeció, y entonces parecieron quedar terminadas las luchas intestinas que por cuarenta años desolaron á Francia.

Sully. Administración de Enrique IV. — Sin embargo, Enrique IV tuvo que sostener una nueva lucha con la Saboya; pero ese país no se hallaba en estado de resistir á Francia. El papa y el rey de España intervinieron, y la paz quedó hecha, mediante la cesión por parte de Saboya de la Bresse, del Bugey, del Valromey y del país de Gex, lo que extendió por ese lado las fronteras francesas hasta el límite natural del Ródano y de los Alpes (1600).

Durante las negociaciones que produjeron ese tratado, Enrique cuarto se casó en segundas nupcias con María de Médecis, hija de Francisco, antiguo gran duque de Toscana, y sobrina de Fernando, que entonces se hallaba al frente de dicho Estado. Las bodas se celebraron con gran pompa, primero en Florencia y después en Lyon (9 de diciembre de 1600).

Francia disfrutó entonces de tranquilidad perfecta, y la prudente administración del rey, ilustrada por los consejos de Sully, no tardó en restañar la sangre que manaban las heridas de la nación. Cuando ese hábil ministro fué encargado de la administración de la hacienda, halló el patrimonio real invadido, el tesoro dilapidado, el Estado gravado por enorme deuda, y los

recursos casi agotados por los desórdenes de las administraciones precedentes. Para remediar tan grandes males, Sully no necesitó recurrir á medios extraordinarios; limitóse á moderar los gastos y á reducir los sueldos. Exigió ante todo completa regularidad en las cuentas, y á ejemplo de Santiago Cœur, estableció el equilibrio entre los gastos y los ingresos introduciendo



Sully.

en todas partes severa economía, vigilando el cobro de las rentas públicas y activándolo con medidas enérgicas, suprimiendo multitud de empleos inútiles y subiendo el tipo de los contratos hecho á precio demasiado inferior al justo. A fuerza de cuidados y perseverancia, logró disminuir la carga del impuesto personal en cuatro millones, y sin embargo puso al rey en situación de pagar por cien millones de deudas, de rescatar por sesenta millones de rentas ó de bienes, de fortificar las

fronteras, acumular en los almacenes pertrechos de guerra, armas y municiones, de construir varios palacios magníficos, de adornarlos con pinturas y muebles preciosos, y de tener siempre á su disposición veinte millones en las arcas del Estado.

Ese sabio ministro consideraba á agricultura como el principal recurso del país, y siempre exclamaba : « Labranza y pastoreo son los dos pechos que alimentan á la Francia y las verdaderas minas y tesoros del Perú. » Así fué que recurrió á todos los medios para proteger y alentar á los que se consagraban á las ocupaciones campestres. Por dos veces recorrió el reino, en 1596 y 1598, para ver por sí mismo los esfuerzos que se realizaban en la mejora de los cultivos. Renovó las antiguas ordenanzas que declaraban no embargables á los labradores así como á los instrumentos de cultivo, por deudas á particulares ó al Estado. Disminuyó el impuesto territorial y permitió en 1601 la exportación de granos, para estimular más y más la producción. Excitó á los señores á ocuparse en la agricultura, y á buscar de ese modo en las ocupaciones de los campos distracción á las fatigas y peligros de la guerra.

Sully hizo ejecutar al mismo tiempo inmensas obras públicas. Para facilitar el comercio, había proyectado unir por medio de canales el Sena y el Loira, el Loira al Saona, y el Saona al Mosa, pero sólo hizo ejecutar el canal que parte del Loira en Briare para desembocar en el Sena en Moret, á cuatro kilómetros de Fontainebleau. Entonces fué terminado y abierto á la circulación el Puente Nuevo de París, que se empezó bajo Enrique III. Al mismo tiempo, Sully mandó continuar la galería del Louvre que se extiende á lo largo del Sena entre el puente del Carrousel y el de las Artes, é hizo concluir en 1601 la fachada del Hôtel de Ville, cuyos cimientos se establecieron en los días de Francisco I. El año anterior se había empezado la place Royale, donde debía reunirse toda la sociedad elegante del siglo xvii. También cuidó de las residencias reales : Saint-Germain, Monceaux, Fontainebleau fueron aumentados, y se puso la primera piedra de la Biblioteca. « Cuando Felipe III envió á París á D. Pedro de Toledo,

como embajador junto á Enrique IV, aquél no reconoció ya la ciudad que en otro tiempo viera triste y moribunda. « *Es que entonces, le contestó el rey, el padre de familia no estaba presente, mientras que ahora cuida de sus hijos, y éstos prosperan.* »

Sully favorecía la agricultura, pero temía la industria, porque detestaba el lujo. Si Enrique IV hubiera seguido el parecer de su austero ministro, habría estorbado el desarrollo de las manufacturas, bajo el pretexto de que sólo servían para alimentar la corrupción. Pero el monarca poseía inteligencia demasiado alta para dejarse dirigir por consideraciones inspiradas más bien en el abuso de la cosa que en la cosa misma. Siguiendo, pues, los consejos de Oliverio de Serres, plantó moreras blancas hasta en el jardín de las Tullerías é hizo organizar establecimientos para la educación de los gusanos de seda. Á la vez fundó manufacturas de crespón fino de Bolonia en Mantes, de hilo de oro, al estilo de Milán, de tapices en los Gobelinos y en la Savonnerie, y de vidrios y cristales. De ese modo arrebató Francia á Italia el monopolio de aquellos ricos tejidos, que cada año hacían salir del primero de esos países muchos millones.

Proyectos de Enrique IV. — Á la vez que trabajaba en la prosperidad interior de su reino, el rey elevaba á Francia, gracias á su política exterior, á la altura de las primeras naciones europeas. Venecia y la Santa Sede lo eligieron como mediador; y el mismo oficio desempeñó entre Francia y las Provincias Unidas. En este último asunto se presentaban grandes dificultades. Los dos hombres que se hallaban al frente de los Estados, Mauricio de Orange y Barneweld, eran de distinto parecer. El primero, que se hallaba al frente del ejército, quería la guerra; el segundo, jefe del parlamento, deseaba la paz. La habilidad diplomática del presidente Jeannin logró, después de prolongadas negociaciones, á poner de acuerdo á todo el mundo, concluyéndose entonces un tratado por el cual España reconocía la soberanía de los *Estados generales de las Provincias Unidas de los Países Bajos*, declaraba libre su comercio, y se comprometía á pagar á los herederos del príncipe de Orange trescientos mil florines (1609).

Enrique IV concibió por entonces el proyecto de establecer una paz perpetua en toda Europa, mediante la organización de un tribunal supremo que tuviese el derecho de juzgar las diferencias de los reyes y de los pueblos. Los Estados cristianos debían constituir en ese plan una vasta república federaliva compuesta de quince miembros, á saber : el Estado de la Iglesia, y el del Imperio, que volvería á ser electivo, debían representar al frente de Europa el más alto poder religioso y civil ; además, cinco reinos hereditarios : Francia, España, Gran Bretaña, Dinamarca y Suecia ; tres reinos electivos : Bohemia, Hungría y Polonia ; un ducado : el de Saboya, aumentado con la Lombardía ; cuatro repúblicas, la de Venecia con la Sicilia, la de Italia ; la de Suiza con Alsacia, el Tirol y el Franco Condado y la de los Países Bajos. Con objeto de realizar ese plan debían reunirse las fuerzas y fondos necesarios para expulsar de Europa á los turcos y los rusos, que en esa época no eran contados entre los pueblos europeos.

Para ejecutar ese plan, que prueba las rectas intenciones de Enrique IV y la bondad de su corazón, necesitaba éste disfrutar dentro de su reino indiscutible autoridad, y además atacar en lo exterior á la casa de Austria. El primero de esos resultados lo obtuvo, gracias á la severidad con que castigó á los señores que trataron de sustraerse á su ley. Para alcanzar el segundo, entró en relaciones con los protestantes de Alemania, y ya se había puesto de acuerdo con ellos, cuando sucumbió en el momento mismo de ir á emprender la realización de sus planes.

Asesinato de Enrique IV (1610). — Las facciones comprimidas habían tratado en distintas ocasiones de alzar cabeza otra vez, sumiendo de nuevo á Francia en la anarquía. Por eso perdió la cabeza en el tajo de la Bastilla el mariscal de Birón, en castigo de haber conspirado contra el rey y el Estado (31 de julio de 1602). El duque de Bouillon se había alzado también (1606), y á pesar de la dulzura de carácter y bondad de Enrique IV, sus días fueron puestos en peligro por varias conjuraciones y diez y siete tentativas de asesinato. Al fin, el 4 de mayo de 1610, habiendo salido del Louvre

por la tarde con objeto de ir á ver á Sully, que se alojaba en el Arsenal y que estaba un tanto enfermo, la carroza del rey se detuvo un momento á la entrada de la calle de la Ferronnerie porque el paso estaba obstruído á causa de una acumulación de coches en aquel sitio. Entonces un loco, llamado Ravailiac, que seguía al coche de Enrique IV desde el Louvre, se subió sobre la rueda, y dió al rey dos puñaladas, una de las cuales le hirió en el corazón. Enrique levantó un brazo exclamando; *¡Me han herido!* y expiró en el acto (14 de mayo de 1610).

Resumen de este capítulo. — El reinado de Enrique IV se divide en dos partes perfectamente distintas, á saber: los tiempos anteriores y los posteriores á su abjuración.

I. Durante el reinado de Enrique III, Francia se hallaba dividida en dos bandos opuestos, el del rey, el de los ligueros y el de los protestantes, que tenían á su frente al heredero de la corona, Enrique de Navarra. Después de la muerte de Enrique III, los realistas se alejaron de Enrique IV, que se quedó únicamente con los reformados. Eso aumentó el ardor de la Liga, puesto que su único objeto manifiesto era hacer triunfar el catolicismo, que se hallaba más amenazado que nunca. Pero éstos no tenían ya á su frente más que á Mayenne, quien no poseía ni con mucho los talentos militares de sus hermanos. Enrique IV lo venció dos veces en Arques, cerca de Dieppe (21 de septiembre de 1589) y en Ivry (14 de marzo de 1590). Esas dos victorias le permitieron poner sitio á París, pero la obstinación con que se defendió la ciudad le hizo comprender que sólo un príncipe católico podría reinar sobre la Francia. El mismo Sully le aconsejó que abjurase, y la Iglesia católica le recibió solemnemente en su seno el 25 de julio de 1593.

II. A partir de entonces, como la Liga no tenía ya razón de ser, fué fácil acabar con su resistencia. Entonces Enrique IV realizó dos grandes cosas que explican por sí solas toda su popularidad. Restableció mediante acertada administración el orden en la hacienda, disminuyó los impuestos, alentó los trabajos agrícolas, sostuvo la industria y el comercio, y mandó ejecutar numerosos y útiles trabajos. Así curó los males causados á la nación por la guerra. Al mismo tiempo restauró ante Europa el prestigio de Francia, evitando la dominación española. Ganó á las tropas de Felipe II la batalla de Fontaine-Française (5 de junio de 1595) é impuso después á ese monarca la paz de Vervins, que devolvió á Francia todas las posesiones que cediera en 1559 por el tratado de Cateau-Cambresis. Pero también se debe reconocer que Enrique IV cometió dos grandes faltas que dependieron de sus antiguos errores y que apartaron al poder real de la vía que siempre hubiese debido seguir. Su edicto de Nantes creó un Estado en el Estado por los exageradas concesiones que hizo á los protestantes en el orden político, y preparó las mayores dificultades para los reinados siguientes. En la po-

ítica exterior se equivocó también al aceptar la alianza protestante, trazando de antemano el plan que veremos ejecutar por Richelieu.

CAPÍTULO XXXVI.

ESTADO DE EUROPA EN 1610.

Al morir Enrique IV, en 1610, la Reforma había dividido á Europa en dos grandes fracciones políticas: católicos y protestantes. La casa de Austria de hallaba al frente se los católicos, siendo posesora del imperio de Alemania y dueña de España, Portugal y parte de Italia; pero sus adversarios constituían grupo numeroso, pues entre ellos hay que incluir á Inglaterra y Escocia, las Provincias Unidas, los reinos del Norte y los Estados secundarios de Alemania. Francia había permanecido en el catolicismo; mas, Enrique IV, que veía con disgusto la dominación de la casa de Austria, había resuelto unirse con las naciones protestantes, para lograr la preponderancia en Europa.

Estado de Francia. — Los proyectos en Enrique IV, que fueron continuados y ejecutados por Richelieu, lanzaban á Francia por caminos opuestos á su política tradicional. La hija primogénita de la Iglesia, que siempre había puesto su espada al servicio de la fe católica, iba á colocarse enfrente del sumo Pontífice, ayudando á los protestantes de todos los países en su lucha con la casa de Austria, y eso por el único deseo de humillar á una potencia rival. Se logró lo que se deseaba; pero á la vez que Francia adquiría la preponderancia bajo Luis XIV, falseó su misión en Europa y se creó dificultades que de entonces acá no han hecho más que aumentar, y de las cuales no ha salido todavía.

Reparando los males causados por la guerra civil, devolviéndole por el tratado de Vervins lo que perdiera por el de Cateau-Cambresis, fomentando el comercio, la industria y la agricultura, restableciendo el orden en la hacienda, organizando administración inteligente y cuerda, y reformando el ejército, Enrique IV había dado gran fuerza y poder á su nación, cosas que permitirán á sus sucesores ser árbitros de Europa. Si en vez de aliarse con los turcos y los protectores del protestantismo, hubiesen seguido contrario camino, no se

sabe hasta qué punto hubiese llegado la gloria de Francia. Por desgracia, se buscaron alianzas en el opuesto campo, y se patrocinó el error en vez de defender la verdad.

De Inglaterra. — En Inglaterra, Isabel había muerto en 1603, heredando el trono Jacobo VI de Escocia, hijo de María Estuardo, y que en la historia británica recibe el nombre de Jacobo I. « Ese príncipe teólogo, que era hostil á los presbiterianos y á los católicos, no tenía contra los españoles el odio de Isabel, y en 1604 celebró con la corte de Madrid un tratado de comercio. Pero Enrique IV había sabido separarlo de España para unirlo íntimamente con Francia. Por lo demás, no era posible tener gran confianza en el espíritu flotante de ese soberano, tan débil como incapaz. Mas, Enrique IV estaba persuadido de que, en una guerra contra la casa de Austria, tendría de su parte las simpatías de Inglaterra, que tan hostil se mostrara á las pretensiones de Felipe II.

De las Provincias Unidas. — Las Provincias Unidas no podían menos de aliarse con Francia contra España. Al cabo de cuarenta años de lucha, la república acababa de obtener una tregua de 12 (1609), que le permitía tomar en adelante puesto entre las naciones europeas. El autor de esa tregua había sido Enrique IV, y las negociaciones para obtenerla, empezadas bajo sus auspicios, fueron felizmente terminadas por la habilidad del presidente Jeannin. La república holandesa tenía ya establecidas las bases de su desarrollo colonial. En efecto fundó su compañía de las Indias en 1602, se estableció en Java, en las islas de la Sonda, y en Timor, mientras le llegaba la hora de penetrar en el Japón. Sus atrevidos marinos reconocieron en 1606 las costas de Australia septentrional, que llamaron Nueva Holanda, y sus mercaderes organizaron establecimientos en la América del Norte. Era una potencia marítima en pleno desarrollo, que iba á apoderarse del imperio colonial portugués.

De España. — España, contra la cual se dirigían todos los esfuerzos, estaba muy debilitada. Felipe II había fracasado en todas partes, al continuar la realización de los proyectos de dominación universal con-

cebidos por Carlos V. Fracasó en los Países Bajos, á los cuales no pudo impedir que se hicieran independientes; fracasó en Inglaterra, contra la que fue inútil el envío de la *Armada invencible*; y fracasó en Francia, cuyas disensiones intestinas tratara de aprovechar. El tratado de Vervins había cerrado para siempre Francia á los españoles. Habiendo muerto ese rey en 1598, dejó á su hijo, Felipe III, un reino casi exhausto. El nuevo príncipe, incapaz de gobernar personalmente, dejaba amplia libertad al duque de Lerma, su primer ministro, cuyas larguezas contrastaban con la miseria general de la nación. Acababa de firmar la tregua de doce años con Holanda, cuando al siguiente (1610) expulsó de España á los moriscos. Esos infieles se habían puesto de acuerdo con los sultanes de Fez y de Marruecos para excitar una insurrección. El duque de Lerma los arrojó del reino, á pesar de las observaciones de Paulo V. Sólo el reino de Valencia perdió más de ciento cuarenta mil habitantes; las poblaciones de Cataluña quedaron sin las tres cuartas partes de sus moradores, y las montañas de Sierra Morena se convirtieron en desiertos. La mayor parte de los emigrados perecieron de hambre y de miseria; eso fué lo que hizo decir á Richelieu que tal destierro constituye la medida más osada y bárbara de que hace mención la historia. Portugal formaba entonces parte de España, pues Felipe II la conquistó en 1581. El Nuevo Mundo seguía mandando á España su plata y su oro. El imperio colonial castellano comprendía en sus límites Méjico y el Perú, toda la América central y meridional. A pesar de tan inmensos recursos, las arcas del Estado se hallaban vacías, siendo necesario recurrir á impuestos muy duros para atender á las cosas de primero necesidad.

De Italia. — Italia estaba muy dividida. España poseía en ella Nápoles, Sicilia, Cerdeña y el Milanesado. En el reino de las Dos Sicilias, aprovechando las divisiones que existían entre los nobles, unos angevinos y otros aragoneses, lograron los gobiernos de Madrid debilitarlos y hacer absoluto su poder. Pero ese país estaba, como España, exhausto de fuerzas, y su ayuda en un conflicto europeo no podía ser muy eficaz.

El Milanesado era para los españoles una posición completamente excepcional, pues los ponía en comunicación con los suizos y alemanes y aseguraba su preponderancia en Italia. Francia les había disputado siempre por ese motivo dicha provincia, y en ella estaban los castellanos tan poco firmes que debían ocuparla militarmente, respetando sus inmunidades y privilegios.

En el centro de Italia sólo se hallaban organizados pequeños Estados, como los ducados de Parma y de Plasencia, de Mantua, de Ferrara, de Módena y de Reggio. Enrique IV jactó mucho la vanidad de esos principillos, logrando, á fuerza de favores, que se separaran de la casa de Austria. Enrique contrajo matrimonio con María de Médicis, captándose así la amistad del gran duque, que tenía en Florencia poder absoluto.

La república de Génova carecía ya de importancia, pero Venecia, por más que estaba debilitada, conservaba aún algo de su prestigio. Esta había sido la primera en reconocer á Enrique IV, en la época de su advenimiento, y ese príncipe pidió que lo inscribiesen en el *Libro de oro* de los ciudadanos de la República. Además, habiendo ocurrido un conflicto entre Paulo V y los venecianos, intervino amistosamente y logró poner de acuerdo á las dos partes. El negociado de ese convenio fué el cardenal de Joyeuse.

En 1601, Enrique IV había arrancado á la casa de Saboya, por el tratado de Lyon, la Bresse, el Bugey, el valle de Romey y el país de Gex; pero le cedió el marquesado de Saluces. Mas, el duque, que esperaba lograr una porción del Milanesado y del Montferrat en el reparto de la casa de Austria, casó á su hijo mayor con Isabel, hija de Enrique IV, y concluyó con Francia una alianza ofensiva y defensiva contra los españoles.

Del Papado. — El papado brillaba entonces con vivos resplandores. Después de sufrir mucho, por efecto del saco de Roma que llevaron á cabo las bandadas fanatizadas del Interano Fronderberg, tuvo por representante al célebre Paulo III, que introdujo en el Sacro Colegio á los Contarini, los Caraffa y los Sado-

let, es decir, los hombres más sabios y virtuosos de su siglo, y que ordenó la convocación del concilio de Trento, cuya apertura se hizo en 15 de marzo de 1545. Reformó además la Cámara apostólica, la Rota, la Cancillería y la Penitenciaría; á ese pontífice siguieron otros dotados de verdadero genio. Fueron esos Pío IV, que gobernó á la Iglesia ayudado por la ciencia y virtud de San Carlos Borromeo; San Pío V, el vencedor de Lepanto; Gregorio XIII, reformador del calendario; y Sixto V, cuyas grandes dotes no necesitan ser elogiadas. El siglo XVI terminó con el pontificado de Clemente VIII, quien tuvo á su lado al historiador de la Iglesia, el inmortal Baronio, y al teólogo Bellarmino, autor del libro *De potestate summi Pontificis*, en el cual se enseñaban á toda Europa las prerrogativas de la Santa Sede, apoyando todas sus proposiciones en la certeza de incontestable saber. Paulo V, de la familia Borghesi, promulgaba las mismas doctrinas en la bula *In cænâ Domini*, precisamente el año mismo del asesinato de Enrique IV. En esos documentos existía la verdadera luz, y la verdad se revelaba autorizadamente á todas las naciones. Hubiera sido de desear que marchasen guiadas por esa antorcha resplandeciente, en vez de extraviarse por el dèdalo tenebroso y las vueltas y revueltas de la astucia y de la política moderna.

De Alemania. — El protestantismo dividió la Alemania en dos campos: los católicos y los protestantes. Los príncipes que se habían separado de la Iglesia lo hicieron, según todos lo confesaban, mucho menos porque las tesis y declamaciones de Lutero los convenciesen... que por el deseo de apoderarse de las riquezas y beneficios eclesiásticos. La Iglesia estaba en Alemania, antes de la reforma, la tercera parte del suelo. Los arzobispados de Magdeburgo y de Bohemia, los obispados de Moravia, de Verden, de Lubeck, de Halberstadt y multitud de grandes abadías se secularizaron, y habiéndose casado sus titulares, se convirtieron en poseedores hereditarios de todos esos bienes. La paz de Augsburgo había estipulado que en lo futuro el que entrase en el partido protestante, lo haría renunciando á los beneficios eclesiásticos de que estaba investido. A

eso fué á lo que se dió el nombre de *reservas eclesiásticas*. Pero dicha cláusula era violada constantemente á pesar de ser tan justa. Habiéndola hecho observar el sumo Pontífice, con ocasión de haberse separado del catolicismo el arzobispo de Colonia, pretendiendo no obstante continuar siendo elector y hacer de los dominios de su diócesis patrimonio de familia (1584), los protestantes reclamaron contra la tiranía católica y sostuvieron que su libertad religiosa se hallaba en peligro. Así fué que formaron entre sí ligas diversas en 1594, 1598 y 1600, y el landgrave de Hesse, Mauricio el Sabio, fué enviado á Francia para hacer presente á Enrique IV la situación de Alemania. El rey de Francia, que veía en esos reformados auxiliares contra la casa de Austria, á la cual deseaba abatir, envió á Bongars, hábil diplomático, para que se pudiese de acuerdo con ellos, agrupando todos los pequeños Estados descontentos, de modo que constituyesen un haz poderoso de fuerzas, que Enrique se proponía utilizar en la guerra que meditaba. Así se llegó á formar una liga temible, llamada *Unión evangélica*, cuyo jefe fué el Elector Palatino (1608). Habiendo muerto al año siguiente (1609) sin descendencia, el duque de Clèves, de Juliers, de Berg, conde de la Mark y de Ravenstein, se disputaron su herencia el conde palatino de Newbourg y el elector de Brandeburgo. El primero estaba sostenido por los católicos, y por los protestantes el segundo. Estos últimos se reunieron en Hall (Suavia) y renovaron su unión. Enrique IV se adhirió al convenio de Hall, y ya habían empezado las hostilidades cuando Ravailiac lo asesinó. Esa catástrofe obligó á la *Unión* á renunciar á sus designios. La guerra de Treinte años se aplazó por espacio de ocho (1618), pero eso sólo debía contribuir á hacerla más terrible.

De la casa de Austria. — Después de la abdicación de Carlos V, la casa de Austria se halló empuñada, dejando que España dirigiese la política interior de Europa. Los sucesores inmediatos de Carlos V, Fernando I y Maximiliano II habían afectado en Alemania clemencia religiosa de que no tardaron en abusar los protestantes. La tolerancia de Maximiliano llegó hasta el indiferentismo, y así pudieron exten-

derse las nuevas doctrina, sin que nadie les pusiera obstáculo, por el alta y la baja Austria, y cuando los duques de Baviera le cedieron el condado de Glatz, nobleza, funcionarios públicos y gran parte del pueblo abrazaron la confesión evangélica.

Rodolfo II, su heredero (1576), era muy afecto al catolicismo, pero poseía carácter muy original, y gustaba más de ocuparse en la astronomía, las matemáticas y la alquimia con los hombres de ciencia, que de gobernar sus Estados. Cuando este soberano subió al trono, el protestantismo dominaba en las provincias austriacas de lengua alemana, eslavona y húngara. En Carintia y Stiria lo adoptaron por unanimidad, y hubo que conceder el libre ejercicio de la confesión de Augsburgo á las ciudades de Grätz, Indenburgo, Clagenfurth y Laybach.

Su hermano Matías aprovechó la debilidad de Rodolfo para arrebatarle la Hungría, el Austria y la Moravia, y hacerse reconocer como su sucesor en Bohemia. Un príncipe que no podía conservar sus Estados, no se hallaba tampoco en situación de restaurar la fuerza del catolicismo en Alemania. Concedió á los bohemios las *cédulas de majestad*, en las cuales autorizaba á los protestantes para abrir escuelas, edificar iglesias, y elegir jefes que recibieron el nombre de *defensores de la fe*, formándose así un partido siempre dispuesto á entrar en lucha con la monarquía (11 julio 1609).

Los católicos formaron frente á la *Unión evangélica* la liga de Wurtzburgo, célebre en la historia con el nombre de liga católica. No siendo posible dar su jefatura al débil Rodolfo, se proclamó director de la misma el duque de Baviera, Maximiliano I, apellidado el Grande (11 de julio de 1609).

De los Estados escandinavos. — Dinamarca y Suecia debían declararse ardorosamente en favor de los protestantes en la guerra que iba á estallar. El reino de Dinamarca comprendía entonces la Noruega y la parte meridional de Suecia. Cristián III había impuesto por la fuerza sus ideas luteranas á los noruegos, absandor de su despotismo para separar á sus pueblos de la comunidad católica. Cristián IV, que debía tomar parte en la lucha, no poseía ejército bien

organizado. Además, le faltaba inteligencia, y esas circunstancias explican la escasa influencia que tuvieron los daneses en la guerra de Treinta años.

El período sueco fué mucho más brillante, gracias al genio de Gustavo Adolfo y al fanatismo de sus soldados. Gustavo Wasa había introducido el luteranismo en ese reino. Su hijo Juan III había querido restablecer en él la religión católica, propósito de que participó también su sucesor Segismundo III. Pero esas tentativas fracasaron, y de ahí resultó terrible reacción que hizo de los suecos partidarios fanáticos, intolerantes y crueles.

De la Polonia. — Al extinguirse los Jaguellones, Polonia se había convertido en reino electivo (1572). El trono fué ofrecido á Enrique de Valois, que lo dejó para pasar á Francia, donde reinó con el nombre de Enrique III. Esteban Bathori (1575-1586) se distinguió por los triunfos que obtuvo sobre los rusos, pero permitió que se arrebataste al poder real su independencia, consintiendo que todos sus actos fueran sometidos á la aprobación de diez y seis señores. Segismundo III reinaba en Polonia al ocurrir la muerte de Enrique IV. Al mismo tiempo había sido rey de Suecia, pero los suecos lo destronaron, para dar el poder á su tío Carlos de Sudermania, que reinó con el nombre de Carlos IX. En 1610 le fué ofrecida para su hijo Wladislao la corona de Rusia.

De Rusia. — El rey de Polonia no sacó partido alguno de ese acontecimiento. Por lo demás, en esa época Rusia carecía de importancia. Habiéndose extinguido en 1578 la dinastía de Rurik, un período de turbulencias y anarquía que duró casi cuarenta años (1578-1613) causó la desolación de ese país. Rusia no salió de él más que al operarse el advenimiento de la casa de Romanof, que produjo á Pedro el Grande, cuyas reformas fueron tan útiles para ese vasto imperio.

De los turcos otomanos. — El imperio otomano había empezado á decaer desde la muerte de Solimán el Magnífico. Bajo su sucesor Selim II realizaron, es cierto, los infieles la conquista de Chipre (1570), pero al año siguiente fué destruida su flota en Lepanto por Don

Juan de Austria (7 de octubre de 1571). Entonces los jacobinos llegaron á ser omnipotentes y dispusieron á su gusto de la corona. Mahomet III, á quien aquéllos elevaron al trono, pasó su reinado en la ociosidad (1593-1603). Achmet I, contemporáneo de Enrique IV, es joven y posee bastante energía; pero fracasa al querer sostener á Hungría y Transilvania contra Austria, dejándose arrebatar además por el shah de Persia, Abbas (1611), en la parte oriental de sus Estados, Tauris y otras varias provincias.

Resumen de este capítulo. — Si se echa una ojeada sobre el estado de Europa á principios del siglo xvii, se la encuentra dividida en dos bandos: católicas son Francia, España, Italia, Austria y Polonia. Los Estados protestantes son Inglaterra, Holanda, Dinamarca, Suecia y la mayor parte de las provincias de Alemania septentrional. Francia ocupaba el primer puesto entre las primeras, pues Enrique IV logró cerrar la era de las discordias intestinas, rehaciendo la prosperidad interior por lo prudente de su administración. Bastábale en ese supuesto seguir la misión que tan dignamente desempeñara dicho país en tiempos de Carlomagno y de San Luis para ponerlo glorioso y floreciente, en primera línea entre las naciones de Europa. Pero en vez de inspirarse en esas grandes tradiciones, se prestó solamente oídos á estrecho interés de familia, y se quiso que la casa de Francia hiciese la guerra á la de Austria. Con tal fin los reyes se aliaron con los protestantes, y la monarquía francesa echó por vías enteramente nuevas para ella y opuestas á sus tradiciones. Es cierto que así llegó á ser preponderante, pero al mismo tiempo aumentó la fuerza del protestantismo, siendo favorecidas todas las malas doctrinas, secuela de la herejía. Además, al lado de la nación francesa se alzó vigorosa la Alemania del libre examen que hoy reprocha á Francia su catolicismo, amenazando perpetuamente la independencia y seguridad del mencionado país.



316 CUADRO SINCRONICO DE LA HISTORIA

FRANCIA É INGLATERRA.	ITALIA É IMPERIO DE ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
1270. San Luis parte para la última cruzada. — Su muerte. — Advenimiento de Felipe el Atrevido.		
1272. Eduardo I. 1273.	Rodolfo de Habsburgo es elegido emperador.	
1282.	Visperas sicilianas. — Reunión de Sicilia a Aragón.	
1285. Felipe IV el Hermoso.		
1293. Guerra contra Inglaterra.		
1295. Cámara de los comunes en Inglaterra.		
1297. Guerra contra Flandes.		
1298. Disputas de Felipe el Hermoso contra Bonifacio VIII.		Grandes duques de Moscow. 1295
1302. Primeros estados generales. — Batalla de Courtrai.		
1304. Batalla de Mons-en-Puelle.		
1307. Eduardo II. 1308.	Establecimiento de la confederación helvética.	
1309.	Traslación de la Santo Sede a Aviñón.	
1312. Concilio general de Viena. — Abotición de los Templarios.		
1314. Luis X el Testarudo. Hazañas de Roberto Bruce en Escocia.		
1316. Juan I. Felipe V el Largo. Aplicación de la ley salica.		
1321. Carlos IV el Hermoso.		
1328. Advenimiento de los Valois.	El emperador Luis V sostiene a los gibelinos en Italia.	

IMPERIO DE ORIENTE Y CRUZADAS.	ASIA.	ESPAÑA.
1270. Octava cruzada. — Muerte de San Luis en Túnez.		
291. Los cristianos son enteramente expulsados de Siria.		Portugal alcanza bajo Alfonso III su extensión actual. 1279 Reunión de Sicilia a Aragón. 1282 Navarra queda unida a Francia por el matrimo- nio de Juana de Navarra con Felipe el Hermoso. 1284 Guerra de Francia con- tra Aragón. 1285
1294.	Fin del imperio de los Seljucidas.	
1299.	Osmán funda el imperio de los turcos otomanos.	
		Navarra pasa á la casa de Evreux. 1328

FRANCIA É INGLATERRA.	ITALIA É IMPERIO DE ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
1328. Advenimiento de Felipe VI de Valois.	El emperador Luis V sostiene a los gibelinos en Italia. El papa excomulga al emperador, y el emperador depone al papa.	
1329. El rey de Inglaterra Eduardo III presta nomenaje al rey de Francia. Invención de la pólvora.		Casimiro III, apellidado el Grande, reina gloriosamente en Polonia. 1333
1337. El rey de Inglaterra toma el título de rey de Francia. Principio de la guerra de Cien años. 1338.	Pragmática de Francfort.	
1344. Principio de la guerra de los dos Juanas, en Bretaña. 1346. Batalla de Crécy.		
1347. Toma de Calais por Eduardo III.	Rivalidad de Génova y Pisa.	
1349. Reunión a Francia del Delphinado y del condado de Montpélier. 1350. Advenimiento de Juan II el Bueno.		
1356. Batalla de Poitiers, en que es hecho prisionero el rey Juan.	La bula de oro en Alemania determina el modo de elección de los emperadores.	
1360. La Jaquería. Tratado de Brétigny. Liberación del rey Juan.		
1363. Creación del ducado de Borgoña en favor de Felipe el Atevido, hijo de Juan el Bueno.		
1364. Carlos V. Batalla de Cocherel ganada por Duguesclin.		
1365. Batalla de Auray. Duguesclin prisionero.		

ESPAÑA Y PORTUGAL	IMPERIO DE ORIENTE Y TURCO OTOMANOS	ASIA, ÁFRICA Y AMÉRICA.
<p>1333.</p> <p>1342. Los árabes Merinidas son expulsados de España.</p> <p>1356</p> <p>1360.</p>	<p>Toma de Nicea.</p> <p>Toma de Galipoli por los turcos otomanos; ese triunfo les abre el Helesponto.</p> <p>Amurath II. — Creación de los janisarios.</p>	<p>Tamerlan, jefe de los mongoles. 1360</p>

FRANCIA É INGLATERRA.	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
1367. Tratado de Guérande, que pone término a la guerra de Bretaña.		
1376. 378. Carlos el Malo entrega Cherburgo a los ingleses.	Fin de la residencia de los papas en Aviñón. Gran cisma de Occidente. Urbano VI en Roma. Clemente VII en Aviñón.	
1380. Muerte de Duguesclin. Menor edad de Carlos VI. 1381.	Guerra de Chiozza entre Génova y Venecia. Paz entre Génova y Venecia. El duque de Anjou se propone subir al trono de Nápoles.	
1382. Batalla de Rosbeck. Los <i>Mailloins</i> . 1383. Flandes es reunida al ducado de Borgoña.		Vladislao Jagellón, convertido al cristianismo, reina en Polonia y la Lituania. 1386
1388. Casamiento de Carlos VI con Isabeau de Baviera. Vuelve a empezar la guerra entre Francia e Inglaterra.		Reunión de Dinamarca, Suecia y Noruega bajo Margarita de Valdemar. 1389
1392. Demencia de Carlos VI. Regencia de sus tios.		
1395. Tregua con los ingleses.	Juan Galeaso Visconti, primer duque de Milan.	Unión de Calmar. 1397

ESPAÑA Y PORTUGAL.	IMPERIO DE ORIENTE Y TURCOS OTOMANOS.	ASIA, ÁFRICA Y AMÉRICA.
<p>1368. Lucha entre Enrique de Trastámara y Pedro el Cruel, rey de Castilla. Este es muerto y destronado por su hermano. 1369.</p>		<p>Tamerlán subyuga a los getas. 1371</p> <p>Conquista del Kharismo. 1370</p>
<p>1383. Advenimiento de la dinastía de Avis en Portugal.</p>		<p>Conquista del Khorasan. 1381</p> <p>Conquista de la Georgia. 1386</p> <p>Conquista del Turquestan. 1387</p>
<p>1389.</p>	<p>Bayaceto I sucede a Amurath.</p>	<p>Invasión en Mesopotamia. 1393</p>
<p>1396.</p>	<p>Batalla de Nicópolis, ganada por Bayaceto I.</p>	<p>Conquista del Indostán. 1398</p>

FRANCIA É INGLATERRA.	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
<p>1404. Juan sin Miedo, duque de Borgoña.</p> <p>1405. Querrela de los duques de Orleans y de Borgoña.</p> <p>1406.</p> <p>1407. Asesinato del duque de Orleans.</p> <p>1409.</p> <p>1410. Los burguinones y los Armañacs.</p> <p>1414.</p> <p>1415. Batalla de Azincourt.</p> <p>1416.</p> <p>1418. Perrinet Leclerc entrega Paris al duque de Borgoña.</p> <p>1419. Asesinato del duque de Borgoña en Montreuil.</p> <p>1420. Tratado de Troyes; Francia es puesta a merced de los ingleses.</p> <p>1422. Carlos VII y Enrique VI, proclamados reyes de Francia.</p> <p>1423. Batalla de Cravant.</p> <p>1424. Batalla de Verneuil.</p> <p>1428. Sitio de Orleans por los ingleses.</p> <p>1429. Juana d'Arco los obliga a levantar el sitio de Orleans, prosigue sus triunfos, y Carlos VII es coronado en Reims.</p> <p>1430. Sitio de Compiègne. Juana de Arco cae en manos de los ingleses.</p>	<p>Florenzia domina sobre toda la Toscana.</p> <p>Concilio de Pisa. Elección de Alejandro V.</p> <p>Concilio de Constanza. Condenación de Juan Huss y de Wicklef.</p> <p>El condado de Saboya es erigido en ducado.</p> <p>Influencia de Cosme de Médicis en Florenzia.</p>	<p>Muerte de Margarita, la Semiramis del Norte. 1412</p>

ESPAÑA Y PORTUGAL.	IMPERIO DE ORIENTE Y TURCOS-OTOMANOS.	ASIA, ÁFRICA Y AMÉRICA.
1402.	Derrota de Bayaceto I en Ancira.	Invasión de los mongoles en el imperio otomano. 1400 Tamerlán gana la batalla de Ancira. 1402 Desmembramiento del imperio de Tamerlán después de su muerte. 1405
1412.	Los turcos vencen al emperador Segismundo en Semendria.	
1415. Guerra de los portugueses en África.		
1418. Los portugueses descubren Porto-Santo.		
1419. Descubrimiento de la Madera.		
1432.	Amurath sitia á Constantinopla.	
1429.	Toma de Tesalónica por Amurath.	

FRANCIA É INGLATERRA.	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
1431. Suplicio de Juana de Arco en Ruán. Enrique VI coronado rey de Francia en París.		
1435. Tratado de Arras. Reconciliación de Carlos VII y del duque de Borgoña.	Invención de la imprenta por Juan Gutenberg, de Maguncia.	
1436. Entrada de Carlos VII en París.	Concilio de Florencia.	
1439.	Reunión de la Iglesia griega y de la latina.	
1440.	Federico III emperador.	
1441. Tregua entre Francia é Inglaterra.		Vladislao VI, rey de Polonia y de Hungría, es vencido por Amurath II. 1444
1449. Conquista de Normandía y de Guiena.		Ruptura de la unión de Calmar. La Suecia se separa de Dinamarca y de Noruega. 1445
1450.	Francisco Sforza, duque de Milan.	
1453. Combate de Castillon, que termina la guerra de Cien años. Los ingleses sólo conservan en Francia la plaza e Calais.		
1454. Ordenanza para la redacción del derecho consuetudinario.	Congreso de Lodi.	Los prusianos se entregan á la Polonia. 1454
1455. Principio de la guerra de las Dos Rosas. Batalla de Saint-Albau.		
1457.	Separación de la Bohemia y de la Hungría.	
1458.	Pío II predica una nueva cruzada. — Jorge Poliebrad, rey de Bohemia; Matias Corvino, rey de Hungría.	
1460. Ricardo, duque York, trata de hacerse proclamar rey de Inglaterra.		

ESPAÑA Y PORTUGAL.	IMPERIO DE ORIENTE Y TURCOS OTOMANOS.	ASIA, ÁFRICA Y AMÉRICA.
1485.	Guerra de los turcos contra los húngaros.	
1440.	Hazañas de Hunyade Corvino, waivode de Transilvania.	
1431.	Mahomet II sucede á Amurath.	
1453.	Toma de Constantinopla por Mahomet II. Fin del imperio de Oriente.	
1458	Mahomet II sitia á Bel- grado. Los turcos se apoderan de Servia y de Moravia. Destrucción del imperio de Trebizonda por los tur- cos.	Descubrimiento de las islas de Cabo Verde y del Senegal. 1400

FRANCIA É INGLATERRA.	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
<p>1461. Luis XI, rey de Francia. Eduardo IV, rey de Inglaterra. Batalla de Towton.</p> <p>1464. Liga del bien público contra Luis XI.</p> <p>1465. Batalla de Montlhéry. Tratados de Conflans y de Saint-Maur.</p> <p>1467. Carlos el Temerario, duque de Borgoña.</p> <p>1468. Luis XI en Péronne.</p> <p>1469.</p>	<p>Hazañas de Scanderberg contra los turcos.</p>	<p>Iván III, gran duque de Moscow. 1461</p> <p>Tratado de Thorn. Desmembramiento de los Estados de los caballeros teutónicos. 466</p>
<p>1470. Luis XI convoca los estados generales. Carlos el Temerario organiza una coalición. Eduardo IV se ve obligado a huir: restablecimiento de Enrique VI.</p> <p>1471. Restablecimiento de Eduardo IV en Inglaterra. Muerte de Enrique VI y de su hijo.</p>	<p>Los Médicis Julian y Lorenzo, jefes de la república florentina.</p>	<p>Ivan III, vencedor de los tártaros de Kasan. 1469</p>
<p>1472. Heroísmo de Juana Hachette en Beauvais.</p>	<p>Sixto IV, papa; Wladislao, rey de Bohemia.</p>	<p>1471</p>
<p>1474. Liga del duque de Borgoña y del rey de Inglaterra contra Luis XI.</p> <p>1475. Tregua entre Luis XI y Carlos el Temerario.</p> <p>1476. Derrotas de Carlos el Temerario en Granson y Morat.</p>	<p>Guerra de Matias Corvino contra los polacos, los bohemios y los turcos.</p>	<p>1474</p>
<p>1477. Carlos el Temerario es muerto delante de Nancy.</p> <p>1478. Establecimiento de los correos en Francia.</p> <p>1479. Guerra entre Luis XI y Maximiliano. Batalla de Guinegate.</p>	<p>Convenio de Otmütz entre los reyes de Bohemia, y de Hungría. Matias Corvino invade el Austria. Maximiliano se casa con Maria de Borgoña. Decadencia de la república de Venecia.</p>	

FRANCIA É INGLATERRA.	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
1481. El Anjou, el Maine y la Provenza son reunidos a Francia.		Ivan III destruye la grande horda y toma el título de autócrata de las Rusias. 1480
1483. Carlos VIII, rey de Francia. Los hijos de Eduardo IV en Inglaterra son asesinados por su tío Ricardo III. 1484. Ana de Beaujeu, regente, convoca los estados generales en Tours. 1485. Rebelión del duque de Orleans contra Carlos VIII. Batalla de Bosworth. Enrique VII, rey de Inglaterra.		
1488. Batalla de Saint-Aubin. El duque de Orleans es hecho prisionero. Jacobo III, rey de Escocia, es asesinado. 1490.	Ladislao II sucede a Matias Corvino en Hungría.	
1491. Reunión de la Bretaña a la Francia. 1492.	Alejandro VI papa. Pedro de Medicis en Florencia.	Juan Alberto, rey de Polonia. 1492
1493.	Maximiliano sucede a Federico III, emperador de Alemania.	
1494. Expedición de Carlos VIII a Italia.	Luis el Moro, duque de Milan. Alfonso II, rey de Napoles.	
1495. Batalla de Fornova; vuelta de Carlos VIII a Francia. 1498.	Fernando II, rey de Napoles.	
1498. Luis XII, rey de Francia.	Los Franceses son arrojados de Napoles. Federico III, rey de Napoles. Suplicio de Savonarola.	
1499. Luis XII se apodera del Milanesado.		Progresos de Ivan III en Rusia. 1499

ESPAÑA Y PORTUGAL.	TURCOS OTOMANOS.	ASIA, ÁFRICA Y AMÉRICA.
1480. Establecimiento de la Inquisición en España.		
1481. Juan II, rey de Portugal.	Bayaceto II sucede a Mahomet II.	
1482. Dieta de Évora en Portugal.		Los portugueses se establecen en Guinea. 1482 Colonia española en las Canarias. 1483
		Descubrimiento del Congo. 1484
1486.	Los turcos se apoderan de Moldavia.	Descubrimiento del cabo de Buena Esperanza. 1486
1488.	Guerra de los turcos contra los ersas.	
1492. Los moros son expulsados de España. Toma de Granada por Fernando é Isabel.		Descubrimiento de América por Cristóbal Colón. 1492
		Descubrimiento de Jamaica por Cristóbal Colón. 1494
1495. Manuel el Afortunado, rey de Portugal.		
1496. Felipe el Hermoso se casa con Juana la Loca, heredera de España.		Viajes de Vasco de Gama a las Indias Orientales. 1498
1499.	Guerras de los turcos, que devastan el Friul.	

FRANCIA É INGLATERRA.	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
1500. Los franceses pierden el Milanesado y lo recuperan. Alianza con España. 1501. Los franceses se apoderan del reino de Nápoles.	División del imperio en seis círculos. Organización del Consejo aulico.	
1503. Los franceses son rechazados del reino de Nápoles. 1504. Tratados de Blois.	Julio II.	Guerra entre Suecia y Dinamarca. 1502 Stenón-Sture, administrador de Suecia. 1504
1506.	El papa coloca la primera piedra de la iglesia de San Pedro	Wasili IV sucede a Ivan III. 1505 Segismundo I, rey de Polonia. 1506
1508. Liga de Cambrai contra Venecia. 1509. Enrique VIII, rey de Inglaterra. 1511. Liga santa.	Batalla de Agnadel.	
1512. Hazñas de Gastón de Foix. Batalla de Ravenna. 1513. Francia es invadida. Jacobo IV, rey de Escocia, muere en la batalla de Flodden.	Quinto concilio de Letran. León X.	Stenón-Sture II, administrador de Suecia. 1512 Cristián II, rey de Dinamarca. 1513
1515. Francisco I, rey de Francia. Batalla de Marignano: conquista del Milanesado. 1516. Tratado de Noón	Luis II, sucesor de Ladislao en Hungría.	
1517. 1519. Rivalidad de Francisco I y de Carlos V.	Primeras predicaciones de Zuinglio. Lutero ataca las indulgencias. Carlos V emperador.	
1520. El campamento del Paño de Oro. 1521. Guerra entre Francisco I y Carlos V. 1522. Derrota de los franceses en la Bicoca.	Lutero quema la bula en que el papa lo condena. Condernación de Lutero en la dieta de Worms. Adriano VI.	Crueldades de Cristián II de Suecia. 1520 Invasión de los tartaros en Moscovia. 1521
1523. Los franceses son arrojados de Italia por Carlos V.	Herejía de los anabaptistas.	Federico I, rey de Dinamarca. — Gustavo Wasa, rey de Suecia 1523

ESPAÑA Y PORTUGAL.	TURCOS OTOMANOS.	ASIA, ÁFRICA Y AMÉRICA.
1500. Alianza de Fernando el Católico con Luis XII.		
1504. Muerte de Isabel Juana y Felipe, reyes de Castilla.		Descubrimiento del Brasil. 1501
1507. El cardenal Ximénez, ministro en España.		Almeida, primer virrey de las Indias. 1505
1512.	Selim I sucede á Bayaceto.	
1516. Carlos V, rey de España. 1517.	Conquista del Diarbekir por los turcos. Toma del Cairo por los turcos.	Muerte de Albuquerque; decadencia del poderio portugués en las Indias. 1515
1520.	Advenimiento de Solimán II. el Grande.	Hernán Cortés, en Méjico. 1519
1521. Rebelión en España.	Toma de Belgrado por Solimán.	Sitio de Méjico. 1521
1522.	Toma de Rodas.	Descubrimiento de las Filipinas por Magallanes. Conquista de Méjico. 1522

FRANCIA E INGLATERRA.	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
1524. Sitio de Marsella.	Herejía de los sacramentarios. Liga católica de Ratisbona.	α
1525. Derrota de los franceses en Pavía. Cautiverio de Francisco I.	Liga católica de Dessau. Guerra de los anabaptistas.	Secularización de la Prusia y de la Livonia. Progresos de la Reforma en el Norte. 1525
1526.	Dieta de Spira. Liga luterana de Torgau. Juan Zapolya, rey de Hungría, y Fernando I, rey de Bohemia.	
1527.	Saco de Roma. Liga católica de Breslau.	
1529.	Protesta de los luteranos contra la dieta de Spira.	
1530.	Dieta y confesión de Augsburgo. Liga de Smalkalda.	
1532. Enrique VIII se casa con Ana Boleyn ó Bolona. Primeras predicaciones de Calvino.		Iván IV, gran duque de Moscovia. 1533
1534. Gisma de Inglaterra. Francia se alia con los turcos.		Cristian III, rey de Dinamarca. 1534
1535.	Expedición de Carlos V contra Túnez.	
1536. Suplicio de Ana Boleyn. Expoliación de los monasterios en Inglaterra. El ejército de Carlos V es arrojado de Picardia.		
1538. Tregua de Niza entre Francisco I y Carlos V.		Noruega es reunida a Dinamarca. 1537
1539. Ley de los seis artículos promulgada por Enrique VIII.		
1540. Carlos V obtiene permiso para atravesar la Francia con su ejército.	Aprobación de la Sociedad de Jesús fundada en 1534.	Juan Segismundo. 1540
1541.	Expedición de Carlos V contra Argel.	
1542. María Estuardo, reina de Escocia.		
1545. Nueva guerra entre Carlos V y Francisco I.		
1544. Batalla de Cerisoles. Paz de Crespy.		

ESPAÑA Y PORTUGAL.	TURCOS OTOMANOS.	ASIA, ÁFRICA Y AMÉRICA.
1526. Tratado de Madrid, que devuelve la libertad a Francisco I.		Pizarro en el Perú. 1525
1529.	Solimán sitia á Viena.	Conquista del Perú. 1532
1534.	Alianza de Solimán con Francisco I.	Los franceses en el Ca- nada. 1534 Fundación de Lima y de Buenos Aires. 1534 Descubrimiento de Ca- lifornia. 1536
1538.	Conquista del Yemen por los turcos	
1540.	Paz entre Turquía y Ve- necia.	Misión de San Fran- cisco Javier á las Indias. 1541 Los portugueses en el Japón. 1542
1544.	Solimán invade la alta Hungria.	

FRANCIA É INGLATERRA.	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
<p>1545. Matanza de los Valdenses. Enrique VIII despoja las universidades, los hospitales y las iglesias.</p> <p>1546. Tratado de paz entre Francia é Inglaterra. Progresos de la reforma en Escocia.</p> <p>1547. Enrique II, rey de Francia. Eduardo IV, rey de Inglaterra; éste establece el protestantismo.</p> <p>1548. Maria Estuardo en Francia.</p> <p>1550. Tratado de Francia con Inglaterra.</p> <p>1551. Edicto de Chauteaubriant.</p> <p>1552. Conquista de los tres Obisposados bajo Enrique II.</p> <p>1553. Sitio de Metz. Maria Tudor, reina de Inglaterra.</p> <p>1554. Casase con Felipe de España y restablece el catolicismo.</p> <p>1555.</p>	<p>abrese el concilio de Trento.</p> <p>Batalla de Muhlberg.</p> <p>Publicación del <i>interim</i>.</p> <p>Julio III.</p> <p>Reapertura del concilio de Trento.</p> <p>Transacción de Passau.</p> <p>Batalla de Renty.</p> <p>Dieta de Augsburgo; paz de religion. Carlos V abdica la soberania de los Países Bajos.</p> <p>Abdicación completa de Carlos V.</p> <p>Fernando I, emperador. Muerte de Carlos V.</p> <p>Pío IV.</p>	<p>Segismundo II, rey de Polonia. 1543</p> <p>Código de Iván IV. 1559</p>
<p>1556. Tregua de Vaucelles.</p> <p>1557. Derrota de San Quintín.</p> <p>1558. Toma de Calais. Batalla de Gravelines. Isabel, reina de Inglaterra. Casamiento de Maria Estuardo con el delfín Francisco II.</p> <p>1559. Restablecimiento de la religion anglicana. Paz de Cateau-Cambresis: Francisco II, rey de Francia.</p> <p>1560. Conjuración de Amboise, dicha de Romorantin. Carlos IX. Estados generales de Orleans. Triunfo del protestantismo en Escocia.</p>		<p>Guerra entra Rusia y Polonia. Eric XIV, rey de Suecia. 1569</p>

ESPAÑA Y PORTUGAL.	TURCOS OTOMANOS.	ASIA. ÁFRICA Y AMÉRICA.
1546.	Muerte de Barbaroja.	
1548.	Los persas son vencidos por Soliman.	
1556. Felipe II, rey de España. 1557. Sebastian, rey de Portugal.		

FRANCIA INGLATERRA	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE
<p>1561. Edicto de San Germán. Coloquio de Poissy. María Estuardo reina de Escocia.</p> <p>1562. Edicto de Enero, que concedía a los protestantes el libre ejercicio de su culto. Pretendida matanza de Vassy. Batalla de Dreux</p> <p>1563. Pacificación de Amboise. Asesinato del duque de Guisa.</p> <p>1564.</p>	<p>Segunda reapertura del concilio de Trento.</p> <p>Maximiliano, rey de Hungría.</p> <p>Ciérrase el concilio de Trento</p>	<p>Cesión de la Livonia a Polonia. 1561</p> <p>Nueva guerra entre Rusia y Polonia. 1564</p>
<p>1566. Asamblea de los notables en Moulins.</p> <p>1567. Batalla de Saint-Denis.</p> <p>1568. Paz de Longjumeau. María Estuardo prisionera de Isabel.</p> <p>1569. Batallas de Jarnac y de Montcontour.</p> <p>1570. Paz de San Germán.</p> <p>1571.</p> <p>1572. Matanzas de la noche de San Bartolomé.</p> <p>1573. Edicto de Julio.</p> <p>1574. Enrique III, rey de Francia.</p> <p>1575.</p>	<p>Pío V.</p> <p>Batalla de Lepanto.</p> <p>Rodolfo, rey de Hungría.</p>	<p>Juan III, rey de Suecia. 1567</p> <p>Unión definitiva de la Lituania y la Polonia. 1569</p> <p>Enrique de Valois, rey de Polonia. 1573</p>
<p>1576. El duque de Alencón, jefe de los hugonotes. Estados de Blois.</p> <p>1577. Formación de la liga.</p> <p>1578. Institución de la orden del Espíritu sant por Enrique III.</p> <p>1579. Paz de Nérac. Ordenanza de Blois.</p>	<p>Rodolfo, rey de Bohemia.</p> <p>Edicto perpetuo.</p>	<p>Esteban Bathori, rey de Polonia. 1575</p> <p>Descubrimiento de la Sifteria. 1577</p>

ESPAÑA Y PORTUGAL.	TURCOS OTOMANOS.	ASIA, ÁFRICA Y AMÉRICA
1560. Turbulencias en los Países Bajos.		
1563. Destitución de Granvela.		
1564. Compromiso de Breda.		
1565.	Los turcos se ven obligados a levantar el sitio de Malta. Selim II, sultan.	
1569. El duque de Alba en los Países Bajos.	Conquista de la isla de Chipre.	
1571.	Derrota de los turcos en Lepanto.	
1572. Rebelión de la Holanda.		
1574. Guerra de los Países Bajos. Derrota de los españoles.	Muerte de Selim II. Advenimiento de Murat III.	
1575. Secta de los iluminados en España. Conferencias de Breda.		
1576. Pacificación de Gante. Don Juan.		
1578. El archiduque Matías en los Países Bajos. El cardenal Enrique I rey de Portugal.		Los ingleses procuran establecerse en la América del Norte 1573
1579. Constitución de la república de las siete Provincias Unidas. Guillermo el Taciturno, stathouder.		

FRANCIA É INGLATERRA.	ITALIA Y ALEMANIA.	ESTADOS DEL NORTE.
1580. Nueva guerra de religión.		La Siberia es unida á la Moscovia. 1581
1582. Leyes contra los católicos ingleses.	Calendario gregoriano.	
1585. Enrique III jefe de la liga.	Sixto V.	
1586. Guerra de los tres Enriques.		Fundación de Tobolsk en Siberia. 1586
1587. Batalla de Coutras. Suplicio de María Estuardo.		Segismundo III, rey de Suecia. 1587
1588. Facción de los diez y seis. Poder del duque de Guisa. Estados generales de Blois. Asesinato del duque de Guisa. Muerte de Catalina de Medicis.		Cristián IV, rey de Dinamarca. 1588
1589. Enrique III es asesinado. Enrique IV. Batalla de Arques: El cardenal de Borbón es proclamado rey y el duque de Mayenne lugarteniente general del reino.	Restauración de la biblioteca del Vaticano.	
1590. Batalla de Ivry, ganada por Enrique IV.		Guerra entre Suecia y Rusia. 1590
1591. Jornada de las harinas. Toma de Chartres.		Segismundo III, rey de Suecia 1592
1593. Conferencia entre los católicos y Enrique IV. Abjuración de Enrique IV. Turbulencias en Escocia suscitadas por Isabel.		
1594. Entrada de Enrique IV en Paris. Turbulencias en Irlanda.		
1595. Enrique IV derrotado a los españoles en Fontaine-Française.	Clemente VIII absuelve a Enrique IV.	Rebelión de la Finlandia. 1595
1596. Sumisión de los ligeros. Asamblea de los notables.	La independencia de Transilvania es reconocida.	
1598. Sumisión de la Bretaña. Edicto de Nantes. Paz de Vervins.		Guerra civil en Suecia. 1598

ESPAÑA Y PORTUGAL.	TURCOS OTOMANOS.	ASIA, ÁFRICA Y AMÉRICA.
<p>1580. Felipe II se japo- dera de Portugal. 1581. Las Provincias Uni- das se separan definitiva- mente de España.</p> <p>1584. Triunfos de Far- nesio en los Países Bajos. 1585. Las Provincias Unidas se ofrecen a Inglis- terra y a Francia. 1586. Hazañas de Far- nesio en los Países Bajos.</p>		<p>Colonia inglesa en Vir- ginia. 1584 Descubrimiento del es- trecho de Davis. 1585</p> <p>Viaje de Cavendish a Chilo y el Perú. 1587</p>
<p>1588. Destrucción de la <i>Armada invencible.</i></p>		
<p>1589.</p>	<p>Paz entre Turquía y Per- sia.</p>	
<p>1591. Hazañas de Mauri- cio en los Países Bajos. 1592.</p>	<p>Rebelión de los janisa- rios.</p>	<p>Viajes de Raleigh. 1592</p>
<p>1594.</p>	<p>Toma de Raab.</p>	
<p>1595.</p>	<p>Mahomet III.</p>	<p>Los holandeses en las Indias Orientales 1595</p>
<p>1596.</p>	<p>Expedición a Hungría. — Toma de Agria.</p>	
<p>1597. Victoria de Mauri- cio de Nassau. 1598. Felipe III, rey de España.</p>		

ESPAÑA Y PORTUGAL.	TURCOS OTOMANOS.	ASIA, AFRICA Y AMÉRICA.
<p>1603.</p> <p>1605. Hazañas de Espinola.</p> <p>1609. Tregua de doce años entre las Provincias Unidas y la España.</p>	<p>Achmet I.</p>	<p>Compañía holandesa de las Indias Orientales. 1602</p> <p>Los holandeses en las Molucas. 1604</p> <p>Los daneses en Groenlandia. 1605</p> <p>Los holandeses en el Japon. Los jesuitas en el Paraguay. Descubrimiento de las Bermudas. 1609</p>

ÍNDICE

I.	— Geografía política de Europa en 1270.....	1
II.	— Felipe el Atrevido y Felipe el Hermoso. — Guerras con Aragón, Flandes é Inglaterra...	13
III.	— Lucha contra Bonifacio III. — Primeros estados generales. — Condenación de los Templarios.	26
IV.	— Nuevo carácter del gobierno bajo Felipe el Hermoso. — Los legistas. — Levantamiento de la nobleza en 1314. — Los tres hijos de Felipe el Hermoso.....	34
V.	— Advenimiento de los Valois. — Felipe VI. — Primera parte de la guerra de Cien años....	46
VI.	— Juan el Bueno. — Los Estados generales y Esteban Marcel. — La Jaquería. — Tratado de Brétigny.....	61
VII.	— Carlos V y Duguesclín. — Guerra y gobierno. París en el siglo XIV.....	71
VIII.	— Alemania. — Advenimiento de los Habsburgos. — Suiza se hace independiente. — La bula de Oro. — La hansa.....	87
IX.	— Postrimerías de la edad media. — Principios del Renacimiento en Italia; Dante, Giotto, Petrarca. — La pólvora; la brújula; el papel.	98
X.	— Los papas en Aviñón. — El gran cisma de Occidente. Wicklef en Inglaterra. — Agitación en Europa.....	113
XI.	— Segunda parte de la guerra de Cien años. — Carlos VI; papel que desempeña la casa de Borgoña.....	125
XII.	— Carlos VII y Juana de Arco. — Tratado de Arras.	140
XIII.	— Fin de la guerra de Cien años. — Instituciones de Carlos VII; ejército permanente. — Pragmática de Bourges. — Costumbres. — La nueva nobleza. — La corte de Borgoña.....	157
XIV.	— Guerra de los hussitas. — Fin del gran cisma de Occidente.....	170
XV.	— Desmembramiento del imperio de Oriente. — Eslavos y húngaros. — Los turcos en Europa. La Moscúvia. — Iván III.....	181
XVI.	— Nuevos progresos del poder monárquico. — Francia. — Luis XI y Carlos el Temerario. — Gobierno é instituciones. Carlos VIII y Ana de Beaujeu. — Estados generales de 1484.....	206
XVII.	— De Inglaterra. — Ricardo II. — Advenimiento de los Lancaster.....	230
XVIII.	— De Inglaterra y de Escocia hasta el advenimiento de Enrique VIII. — Guerra de las Dos Rosas. — La constitución inglesa á fines del siglo XV.	247

XIX. — Formación del reino de España. — Fernando é Isabel. — Toma de Granada.....	263
XX. — Descubrimientos marítimos; Cristóbal Colón · los portugueses en las Indias; los españoles en América.....	276
XXI. — Estado de Italia. — Los Médicis en Florencia. — Guerras de Italia. — Luis XII. — Los papas Julio II y León X.....	293
XXII. — Rivalidad de Francia y de la casa de Austria. — Francisco I y Carlos V. — Tratados de Madrid y de Cambrai.....	316
XXIII. — Solimán. — Enrique VIII. — Tratados de Crépy y de Ardres.....	330
XXIV. — Enrique II. — Adquisición de los tres Obispa- dos. — Abdicación de Carlos V. — Felipe II. — Batalla de San Quintín; toma de Calais; paz de Cateau-Cambresis.....	343
XXV. — Gobierno é instituciones de Francia, de Car- los VIII á Francisco II; administración, ejér- cito, justicia, hacienda; el concordato.....	349
XXVI. — El Renacimiento. — Invención de la imprenta. — Las artes y las letras en Italia; Brunelles- chi; Maquiavelo, Ariosto, el Taso; las es- cuelas italianas; Leonardo de Vinci, Rafael, Miguel Ángel. — Flandes y Alemania: los Van Eyck, Erasmo, Dürero; Copérnico. — Francia: el cardenal de Amboise; el Colegio de Francia; Rabelais, Ronsard, Montaigne; la escuela de Fontainebleau; Juan Goujón. Fili- berto Delorme.....	364
XXVII. — La Reforma en Suiza; en Alemania y los Estados escandinavos. — Zuinglio y Lutero. — Paz de Augsburgo. — Calvino en Ginebra.....	397
XXVII. — La Reforma en Inglaterra y en Escocia. — En- rique VIII; Eduardo VI; Isabel y Maria Es- tuardo.....	421
XXIX. — El concilio de Trento y la Compañía de Jesús..	444
XXX. — Guerras religiosas. — Felipe II; papel que des- empeña en Europa. — Independencia de las Provincias Unidas. — Guillermo el Taciturno.	455
XXXI. — Principios de la Reforma y de las guerras de religión en Francia. — Carlos IX. — El can- ciller de l'Hôpital. — Los Guisas.....	466
XXXII. — Enrique III y la Liga.....	482
XXXIII. — Enrique IV y Sully. — Edicto de Nantes. — Administración y política.....	493
XXXIV. — Estado de Europa en 1610.....	506
CUADRO SINCRÓNICO de la historia de Europa, de 1276 á 1610.....	516

